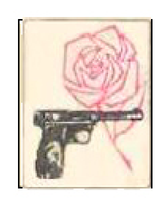


Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Asesinos en estado de gracia

Es bien cierto el refrán que asegura que «todo es según color del cristal con que se mira», y podríamos adaptarlo a nuestro gusto diciendo que «todo ha de ser y ocurrir como mis ojos quieren verlo», o también «yo hago lo que me conviene y eso es lo que está bien hecho»… Seguramente es esto último lo que piensan los Asesinos en estado de gracia, y por eso asesinan a personajes de relevancia mundial, alegando que estos personajes son mucho más asesinos que ellos, así que al eliminarlos poco menos que le están haciendo un favor a la Humanidad, motivo por el cual se hallan en estado de gracia y se merecen lo mejor… Y puesto que lo mejor es ir al cielo, allí los envía la señorita Montfort. El inconveniente de esto es que para ir al cielo hay que estar muerto, pero ¿qué importa eso cuando se está en estado de gracia?



Lou Carrigan

Asesinos en estado de gracia

Brigitte en acción - 480

ePub r1.1
Titivillus 29.01.2018

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo primero

—¿No estás de acuerdo? —preguntó Frank Minello.

Brigitte alzó la mirada, vio a su amigo contemplándola con gran expectación, y, un poco más allá, en la misma actitud, a Peggy, el ama de llaves de su apartamento.

—¿Qué? —inquirió finalmente.

—Que si estás de acuerdo —farfulló Minello.

—¿En qué o con qué?

—Con lo de Ben Johnson…, con lo de los demás, claro, porque no ha sido él el único en doparse.

—Ah, sí. Bueno, Frankie, a mí me parece que existen unas normas para cada juego o actividad en la vida, y que o las respetan todos los que participan o no las respeta ninguno.

—¿Así de simple?

Brigitte Montfort frunció el ceño, bajó la mirada de nuevo a los papeles que tenía sobre el regazo, y tras unos segundos de reflexión decidió que quizá sería mejor abandonar por unos minutos aquel asunto y comentar con Frankie detalles de la Olimpíada de Seúl. A fin de cuentas, Frankie se había pasado allá un mes, en total, y había regresado cargado de información, anécdotas, regalos e historia coreana. Además, Frankie era su amigo, ¿no? Y Frankie era, además, el jefe de la Sección Deportiva del Morning News, periódico en el cual trabajaban ambos desde hacía mucho, mucho tiempo.

—Veamos —dijo amablemente Brigitte, mirando de nuevo a Minello—: ¿qué es lo que ves tan complicado?

—Lo del *doping*. Vamos, no es que sea complicado, pero tampoco es tan simple.

—¿Por qué no? Peggy, por favor, ¿me sirves una copa de champán?

El ama de llaves se apresuró a servir en una copa, que llevó en

una bandejita a Brigitte, que estaba cómodamente instalada, como era habitual en ella, en el centro del superconfortable sofá del salón de su apartamento.

—Pues porque no es tan simple —gruñó Minello—. ¡Zambomba, a mí me parece estúpido que unos sujetos de la élite deportiva, que saben que les van a someter a exámenes de micción y de sangre y todo eso, se droguen con cualquier tontería pensando que no van a ser detectados! ¡Es absurdo!

—Bueno, es la ley del juego: yo apuesto, y puedo perder o ganar. Lo que quiero decir es que tal vez tengan la esperanza de no ser detectados…, y algunos ni siquiera sometidos a examen.

—Éste no podría ser nunca el caso de Ben Johnson. Ese tipo está en primerísima línea de popularidad mundial, él tenía que saber que nunca se le pasaría por alto en los análisis; que eso lo pensara algún deportista de esos que pasan por las Olimpíadas sin que ni siquiera suene su nombre, tiene una cierta disculpa, pero que él pensara que no se iban a fijar en él es absurdo.

—Pues entonces, ocurrió lo que yo digo: apostó y perdió. Y lo mismo los otros que hicieron lo mismo que él.

—Él y otros niegan haberse dopado.

—Entonces —dijo amablemente Brigitte—, resulta que los médicos del Comité Olímpico internacional son unos ineptos o unos sinvergüenzas. ¿Es eso?

—Zambomba, no… ¡Yo no he querido decir eso!

Brigitte bebió otro sorbito de champán, y acto seguido alcanzó con hábil gesto la roja guinda que yacía en el fondo de la copa. Minello la contemplaba fascinado, y de pronto dijo:

—Cada día eres más hermosa y dulce.

—¿Se lo dices a la guinda o a mí? —rió Brigitte.

Peggy también rió, ganándose una furibunda mirada de Minello. Brigitte parecía haber olvidado los serios asuntos que sin duda contenían los papeles que yacían en su regazo.

—Si hubieras venido conmigo a Seúl te habrían coronado reina de la belleza mundial… ¡batiendo todos los records de hermosura! —aseguró Minello.

—¿Y si resultaba que había hecho trampa?

—¡Tú nunca haces trampa en nada! Además, ¿qué clase de trampa podrías hacer? ¡Tú eres la mujer más divina del mundo, y

no hay más que hablar!

—Eres siempre tan cariñoso y amable, Frankie —suspiró Brigitte, guiñándole un ojo a Peggy, que volvió a reír—, pero imagínate que yo hubiera hecho trampa, que en cierto modo hubiera hecho algo como drogarme. Imagínate por un momento que, en efecto, me dan el título de Reina de la Belleza Mundial, me hacen fotografías, me ofrecen contratos fabulosos, me invitan a casas reales me agasajan de mil maneras… ¡Zambomba, a fin de cuentas sería la mujer más divina del mundo! ¿no?

—Claro —asintió con entusiasmo Minello.

—Claro —Brigitte se terminó el champán—… Pero imagínate también que cuando van a hacerme las fotografías para mis contratos publicitarios, se me cae al suelo un ojo, que resulta ser de cristal, y acto seguido una pierna, que resulta ser de plástico, y a continuación el calor de los focos del estudio fotográfico derrite un maquillaje especial en mi rostro con el que ocultaba verrugas, cicatrices y granos de bruja furiosa, y que además resulta que soy levemente jorobada sólo que he sabido disimularlo muy bien hasta entonces, y que cuando sonrío, ¡zas!, se me cae al suelo la dentadura postiza… ¿Te imaginas todo esto?

—Claro que no —maulló Minello.

—Pero debes hacer un esfuerzo e imaginártelo, querido.

—Está bien, me lo imagino —gruñó Frankie—… Y además, ya sé adónde quieres ir a parar.

—Claro que lo sabes, porque de tonto no tienes ni un pelo y porque además, es muy fácil: yo habría pretendido estafar a las personas que regían el concurso de belleza, ¿no es cierto? Podría ser que yo fuese una persona maravillosa en otros aspectos… Podría ser simpática, cariñosa, inteligente, generosa, bondadosa…, y, en fin, reunir mil cualidades más. Pero lo cierto sería que yo no habría acudido a un concurso de inteligencia o generosidad, sino de belleza, y que yo no era bella, sino fea, jorobada, desdentada, coja y tuerta y además con granos en la cara. Así las cosas, y bien entendido que mi comportamiento habría sido de juego sucio defraudando al jurado, a mis compañeras competidoras y al público de todo el mundo presentándome como no era realmente… ¿crees que merecería alguna consideración o trato de favor?

—Bueno, no, claro…

—Entonces… ¿qué diantres pretendes con todo esto de Ben Johnson y los otros atletas que se han drogado? Ellos han transgredido las reglas, así que ahora deben pagar las consecuencias. Es muy simple.

—Ya veo que tú eres partidaria de Carl Lewis —gruñó Minello.

—Ah, eso es cierto —rió la divina—… Me gusta más Lewis que Johnson. Pero no tiene nade que ver con mi postura. El que la hace tiene que pagarla, y eso es todo, y sabes perfectamente que esa ha sido la norma de mi vida en todo momento, Frankie. Si no quieres sanciones, no juegues sucio… Zambomba, es muy sencillo ¿no?

—Te invito a cenar —dijo Minello, embobado—… ¡Y además, odio a Ben Johnson!

—Tampoco es eso —rió de nuevo Brigitte—. No se trata de odiar a nadie, sino de castigar proporcionalmente la falta cometida.

—¿Pero vamos a cenar juntos o no?

—En otra ocasión, Frankie… Hoy quiero dedicarme a estudiar con detenimiento unos informes que me ha enviado tío Charlie tras recibirlos él por correo interno enviados por *Mr*. Cavanagh desde la Central.

—¡De modo que estabas atendiendo cosas de espionaje y yo te estaba fastidiando con mis tonterías olímpicas! ¡Soy un majadero!

—Las Olimpíadas no son ninguna tontería, claro que no. Los tontos son los que hacen tonterías en las olimpíadas.

—¿Puedo publicar esa frase en mi artículo de mañana como si se me hubiese ocurrido a mí?

—Te regalo la frase…, porque es otra tontería. Pero si la quieres utilizar, allá tú. Te voy a poner un acertijo, Frankie. Fíjate bien: tenemos cuatro personajes, cuyos nombres y cargos sor los siguientes: Astun Pellman, general de división del Ejercito de los Estados Unidos; Grant Mulware, secretario del Interior; Lilliam Pinkham, secretaria del Tesoro; Dean Fenwick, estratega altamente cualificado del Pentágono. Estas cuatro personas ocupaban los respectivos cargos mencionados hace nada menos que veinticinco años. ¿Me sigues, hasta aquí?

—Desde luego. ¿Veinticinco años? Bueno, considerando que un cargo como los que has mencionado no suele alcanzarlos nadie antes de haber cumplido por lo menos cuarenta años de vida, debemos suponer que esas personas tienen la edad suficiente para

estar actualmente jubilados, ¿no es así?

—Deberían estar jubilados…, pero no están jubilados, sino asesinados.

—¿Qué? —Respingó Minello.

Brigitte mostró los papeles que ahora tenía en una mano, y murmuró:

—Julio de 1988: el general Pellman es hallado muerto en su domicilio y con más que evidentes pruebas de haber sido brutalmente torturado. Agosto de 1988: el secretario del Interior, Grant Mulware, es hallado muerto en su chalé de reposo y con claras muestras de haber sido torturado. Septiembre de 1988: la secretaria del Tesoro, Lilliam Pinkham, es hallada muerta y torturada en su casita de una zona residencial precisamente cercana a Langley. Octubre de 1988: exactamente el día cuatro, es decir, hace tres días, el estratega del Pentágono, Dean Fenwick es hallado muerto en su yatecito con el cual se dedicaba últimamente a la pesca recreativa, y, desde luego, con evidentes muestras de haber sido torturado… ¿Cuál es el resultado de este acertijo, Frankie?

—Adivinar a quién asesinarán, después de haberlo torturado, el mes que viene, es decir, en Noviembre de 1988.

—¿Te das cuenta? Jamás has sido tonto, pero además, cuanto más viejo te haces más listo eres.

—¿Quién se está haciendo viejo aquí? —Gruñó Frankie.

—Nadie. Era un modo de hablar…, aunque hay que admitir que el tiempo va pasando, ¿verdad? Las evidencias siempre hay que admitirlas, Frankie. En todo… Sí, éste es el acertijo: ¿a quién asesinarán, después de haberlo torturado, el próximo mes?

—O sea, que todo esto ha ocurrido realmente.

—Claro.

—Maldita sea, ¡esos cabezudos de la CIA no pretenderán que tú adivines a quién van a torturar y asesinar el mes que viene!

—Más bien desean que encuentre a las personas que han asesinado a los cuatro personajes mencionados, y que, consecuentemente, les impida seguir cometiendo esos asesinatos mensuales. Pero hay otras preguntas que también merecen una respuesta. Por ejemplo: ¿por qué han matado a esas personas, por qué todas ocupaban sus cargos hace veinticinco años, qué ocurrió hace veinticinco años…?

—¿Qué ocurrió?

—Cielos, Frankie, ¡ocurrieron miles de cosas!

—Entonces tendrás que empezar averiguando qué tenían en común esas cuatro personas hace veinticinco años…, y quiénes más estaban relacionados con ellos en esa época, y si hicieron algo especial…

—Sí, ésta podría ser una de las maneras de iniciar la investigación, pero la considero periclitada, y, además, ¡pudieron hacer tantas cosas con tantas personas! Si estuviéramos hablando de personas corrientes y domésticas, la investigación en esa línea, sería más fácil y fiable, pero, imagínate, cuatro personas con esos cargos y hace veinticinco años, que no era precisamente la época de la *Perestroika*… Mucho me temo que mientras yo me dedicaba a hacer análisis de esa clase sería asesinada la quinta persona…, y así sucesivamente. Dejaremos que esos análisis los hagan los analistas de la CIA.

—O sea, que todos los asesinatos forman parte de un plan único y homogéneo, según tú.

—Según yo, no: según la CIA, que ha encontrado muchos detalles que revelan que la… táctica de tortura ha sido la misma en los cuatro casos mencionados, y claro, además, la coincidencia de que las cuatro personas ocuparan cargos importantes hace veinticinco años.

—En definitiva: alguien ha puesto en marcha algún plan o proyecto de esos que la CIA no sabría ni podría resolver si no contara contigo, con la agente «Baby». ¡Pandilla de inútiles!

—¿No se te ocurre nada más sobre este asunto?

—Pues… No sé. Zambomba, se me pueden ocurrir muchas cosas, pero no entiendo bien el sentido de tu pregunta.

—¿No te sugiere nada que esas cuatro personas fuesen torturadas?

—Ah, claro… Sin duda las torturaron para obligarlas a decir algo que sabían.

—Y las cuatro, o por lo menos las tres primeras, resistieron la tortura sin decir lo que sabían. Porque a lo mejor quizá la cuarta víctima sí haya dicho lo que sus asesinos querían oír, y en ese caso es posible que ya no se produzca la quinta víctima, pero… ¿las otras tres no dijeron nada pese a ser torturadas, de modo que los asesinos

tuvieron que seguir buscando?

—Bueno, así parece… ¿No?

—Claro que no, Frankie. Hoy día, precisamente, existen drogas que pueden conseguir con toda facilidad que cualquier persona haga o diga todo cuanto se le ordene, así que ni siquiera es necesario recurrir a la tortura física. Recurrir a este procedimiento puede implicar dos cosas: una, que los torturadores son de un nivel rudimentario y que andan escasos de recursos para conseguir drogas y otras cosas, lo cual rechazo de plano, pues una acción así no la emprenden unos desgraciados; dos, que esas torturas hayan sido más debidas a rencores y venganzas personales que a interrogatorios sobre hechos que ya tienen veinticinco años. Pero como a mí me parece que esperar veinticinco años para vengarse, es esperar demasiado, tengo que llegar a la conclusión de que no se trata de una venganza, sino de un interrogatorio; llegados a este punto, ya hemos convenido que los torturadas no confesaron lo que los otros querían que confesaran o informaran, y esto es imposible, tanto utilizando las drogas como utilizando los malos tratos físicos, que éstos, Frankie, no los aguanta NADIE. ¿Conclusión?

—Que las personas torturadas no conocían las respuestas a las preguntas que les hacían, y que por eso murieron sin poder apaciguar a sus torturadores facilitándoles la información que les exigían.

—¿Conclusión?

—Que los torturadores asesinos no saben bien a quiénes han de hacer las preguntas cuyas respuestas andan buscando.

—¿Conclusión?

—Que por tanto, es imprevisible lo que harán la próxima vez, a quién torturarán y finalmente asesinarán.

—¿Conclusión?

—Que puesto que no dispones de esa posible línea de investigación por deducción tendrás que recurrir a procedimientos… directos.

—¿Conclusión?

—Que en cualquier momento te vas a marchar al lugar donde se cometieron los cuatro asesinatos, o posiblemente al lugar donde se cometió el último, para meter tus encantadoras naricitas en todas partes y oler de dónde vienen los tiros, es decir, las torturas.

—Frankie: te has ganado sobradamente mi compañía para cenar esta noche… ¿Qué te pasa, Peggy?

El ama de llaves, que miraba con expresión desorbitada a Minello, logró reaccionar, finalmente, y tartamudeó:

—No he entendido… nada de nada… ¿Cómo es posible que… que Frankie le haya podido seguir la conversación, señorita?

—Porque sabía que si ganaba en el juego le permitiría que me invitase a cenar —rió Brigitte—… De modo que ya lo sabes: nos vamos por ahí a proporcionar satisfacción al paladar. Mientras tanto, prepárame algo de ropa, pues salgo mañana por la mañana en avión hacia Nueva Orleans.

Capítulo II

En el aeropuerto de Nueva Orleans la señorita Montfort fue discretamente recogida por un helicóptero especial de gran velocidad que la trasladó en apenas dos horas a Pensacola, Florida. Un simpático y encantador viaje; simpático por los chistes y el encanto personal del Simón que pilotaba el helicóptero, y encantador porque transcurrió íntegro sobrevolando el mar. En Pensacola, dos caballeros en un discreto pero confortable automóvil estaban esperando a la agente Baby, a la cual trasladaron al embarcadero de yates de la localidad. Aquí, en el embarcadero, estaba el pequeño pero muy agradable yate que había pertenecido al ahora extinto Sean Fenwick, el desafortunado ex estratega del Pentágono. En el yatecito, cuyo nombre era *Skysun*, había esperando otros dos hombres, altos, atléticos, y con cara de malas pulgas, pero que se suavizaron asombrosamente cuando la señorita Montfort subió a bordo y les obsequió con una sonrisa que fue todo un poema de amor. Los dos que habían acompañado a Brigitte con el automóvil se quedaron en la cubierta del *Skysun*, y los dos que habían estado esperando aquí, acompañaron a Brigitte el reducido interior del yate: un pequeño saloncito comedor-cocina, una cabina higiénica, y un angosto camarote hacia popa que podía admitir tres personas en total, salvo que en una de las tres literas decidieran dormir dos personas juntas, cosa casi admisible en la litera de babor y dado por supuesto que esas dos personas estuvieran muy bien juntitas.

En la mesita del centro del saloncito había un cubo con hielo y una botella de champán, y junto a unas copas, un montón de fotografías y páginas mecanografiadas y algunas obtenidas por ordenador.

—Apuesto a que es Dom Perignon —dijo Brigitte, señalando la botella.

—Con el cariño de nuestro jefe del Grupo de Acción —dijo uno de los Simones.

—Llamen a nuestros compañeros de cubierta: nos beberemos la botella entre todos mientras echo un vistazo a este material.

El material era el corriente y normal en estos casos: fotografías de la víctima tal como había sido hallada muerta y torturada; fotografías del yate tanto del interior como del exterior; informe de la autopsia, que indicaba que la víctima había fallecido, evidentemente, a consecuencia de los tres balazos en pleno corazón recibidos tras haber sido torturada brutalmente (¿acaso se podía torturar de otro modo?, se preguntó Brigitte). Había también unas primeras conclusiones, por mejor decir especulaciones sobre la relación que pudieran haber tenido veinticinco años atrás Dean Fenwick y las otras tres víctimas, y que no conducían a nada. Un informe en el que hasta el momento no se habían encontrado evidencias de que últimamente las cuatro víctimas estuvieran en relación por ningún motivo; vivían alejadas unas de otras, y todo parecía indicar que si veinticinco años atrás quizá se hubieran relacionado, en la actualidad vivían unos olvidados de otros.

El último escrito en impresora de ordenador indicaba que los analistas seguían trabajando en el asunto, y que acumularían sus observaciones, conclusiones y especulaciones a la espera de que la agente Baby las solicitara, en cuyo momento le serían enviadas por avión a la máxima urgencia.

Brigitte dejó todo a un lado, observó que todavía quedaba un poco de champán en su copa, y lo terminó. Los dos Simones de la cubierta habían regresado a ésta. Los otros dos, los de cara de malas pulgas, permanecían como plantados ante Brigitte, respetuosos, inmóviles. Ella los miró, y asintió con un gesto, como si aprobara algo sobre lo cual habían estado conversando.

—Supongo —murmuró— que se encontraron algunas huellas en el yate, y que están trabajando con ellas. Ya sé que no obtendremos nada que valga la pena, pero no debemos desperdiciar cualquier oportunidad.

—Están en ello —asintió uno de los espías.

—¿Registraron el yate? No ustedes: los asesinos.

—No había ninguna evidencia en ese sentido.

—Tengo entendido que el señor Fenwick vivía aquí mismo, en

Pensacola, en un pequeño chalé en Bay Shore Drive, cerca del embarcadero… Al parecer no tenía problemas económicos, ni mucho menos, y vivía muy agradablemente.

—Y solo, como los otros tres.

—Ya. Sí, van teniendo muchas cosas en común, y supongo que más pronto o más tarde encontraremos algún nexo de unión entre ellos. ¿Y el chalé, fue registrado por los asesinos?

—No.

—O sea, que todo sigue indicando que buscaban información, no algún objeto, documento o cualquier cosa transportable… Información. Pero desde luego no una información sobre asuntos actuales, pues los cuatro hacía ya mucho tiempo que no tenían acceso a nada importante y bastante que se habían retirado… Parece que podemos sospechar que la información que buscaban era referente a algo que sucedió hace veinticinco años. Cielos, ¡veinticinco años!

—Toda una vida —sonrió uno de los Simones.

—Pues no tanto, pero casi —suspiró Brigitte—… ¿Tenemos a mano a la persona que encontró el cadáver?

—Sí, pero es un pobre viejo asustado. Él y Fenwick eran buenos amigos, y salían a pescar juntos en este barco con mucha frecuencia. El hombre se llama James Donegan, tiene sesenta y ocho años, y parece que hayan matado a su propio padre. Llegó al yate antes de las siete de la mañana, tal como habían convenido la noche anterior, para hacerse a la mar al salir el sol…, y se encontró con el espectáculo. El pobre hombre casi se muere del susto y del disgusto. Bueno, simplemente, todavía está en observación en el Centro Médico de Pensacola. Le diré una cosa, Baby: me gustaría ponerles la mano encima a la gente que ha hecho esto.

—Tenga un poco de paciencia —dijo sosegadamente la espía más peligrosa del mundo—: ya verá como lo conseguiremos. ¿Hay alguien vigilando la casa de Fenwick?

—Claro: otros dos compañeros.

—Vamos allá.

Efectivamente, en el chalé de Dean Fenwick en Bay Shore Drive estaban Simón III y Simón IV, ambos igualmente altos, atléticos y mal encarados, como Simón I y Simón II. Ninguna novedad en la casa, ningún problema, ningún detalle que revelase registro o

violencia, nada de nada. A los asesinos solamente les había interesado Dean Fenwick y algo que éste podía decirles, cada vez estaba más claro. Todo conducía a lo mismo: los asesinos buscaban información.

Eran casi las diez de la noche cuando Brigitte había examinado la casa lo más a fondo que pudo y supo, ayudada por sus Simones, que mientras tanto fueron completando la información sobre los cuatro asesinatos relacionados, pues ellos formaban parte del equipo que se había organizado para el asunto a las órdenes directas de la agente Baby.

—Quizá si demoliéramos la casa encontraríamos algo revelador —dijo Simón II.

—Entonces deberíamos demoler cuatro casas…, y un yate. No, Simón: simplemente, no hay nada aquí. Debemos convencernos definitivamente de que esa gente sólo pretendía información por parte de las cuatro víctimas. Información sobre algo sucedido hace veinticinco años.

—Por esas fechas yo todavía debía de andar a gatas —dijo Simón IV.

—Yo no —suspiró Brigitte.

Los cuatro agentes de la CIA rieron, y se quedaron mirando expectantes a la gente Baby.

Como siempre, se esperaba de ella el milagro, la solución, como si sólo tuviera que chascar los dedos para conseguirla.

—Esto requiere un tiempo —murmuró la divina—, de modo que regresaré a casa y me dedicaré a relacionar todos los datos conseguidos y los que me irán enviando respecto a huellas o cualquier clase de averiguaciones. Todo lo que necesito es un poco de tiempo, y, a fin de cuentas, es de lo que más tenemos, pues salvo un brusco cambio de comportamiento esa gente no matará a nadie más hasta el próximo mes, o sea que tenemos más de veinte días por delante… En fin, que me vuelvo a casa.

—¿Y qué hacemos nosotros? —preguntó Simón I.

—Solicitaré que no sean destinados a ningún otro caso, y así estarán disponibles inmediatamente si llego a alguna conclusión y tenemos que volver a movilizarnos… ¿Qué les pasa? ¿Por qué sonríen?

—Temíamos que cuando volviera a necesitar apoyo recurriese a

otros compañeros.

—Claro que no. En primer lugar porque yo nunca hago eso, salvo que sea necesario. En segundo lugar, porque ustedes ya saben de qué va todo, y a mí me aburre tener que andar explicando cosas. En tercer lugar, porque son simpáticos y guapos… ¿Qué más podría yo pedir?

Cuando la agente Baby, aquella misma noche, emprendió el regreso hacia Nueva York, los cuatro agentes de la CIA todavía sonreían.

* * *

—O sea —dijo Minello—, que llevas aquí tres días rompiéndote la cabeza y no has conseguido nada de nada.

—Esto no es un crucigrama con soluciones fijas, Frankie —refunfuñó Brigitte.

—Ya sé. Pero es extraño que no hayas llegado a ninguna conclusión, que no hayas conseguido alguna pista, que no hayas tenido alguna inspiración, una intuición… ¡zambomba, cualquier cosa de esas que a ti siempre te suceden!

—Pues esta vez no me sucede nada de eso… ¡Y no me sorprendería que tuvieras la culpa tú, siempre mosconeando a mi alrededor, y esperando ese absurdo milagro de que de pronto encuentre una solución!

Minello quedó estupefacto.

—¡Ahora va a resultar que tengo yo la culpa! —protestó.

—Me voy a pasear por el Parque —se puso en pie Brigitte—… ¡Y no se te ocurra acompañarme!

Minello se quedó rumiando en la tajante respuesta, y Brigitte salió del salón y al poco lo hacía del apartamento. Tomó el ascensor para trasladarse al vestíbulo…, donde ya no estaba el viejo Pete, sino un nieto suyo, un apuesto jovencito de apenas veinte años que cada vez que veía a Brigitte casi se le salían los ojos de la cara. Cosas de la vida: incluso el «cargo» de portero del Crystal Building era hereditario.

—Buenas tardes, señorita Montfort —saludó el bello jovencito.

—Buenas tardes, Sandy… ¿Tu abuelo está bien?

—Ya lo creo, como siempre. Aunque se pasa el día diciendo que

habría preferido no jubilarse y dejar de verla a usted.

—Dale besos de mi parte —rió Brigitte.

Salió a la calle. La Quinta Avenida, como siempre, parecía el centro peatonal del mundo. Bueno, ella sólo tenía que cruzarla para llegar a Central Park, y quizá paseando tranquilamente se le ocurriese alguna idea de las que Frankie esperaba…

—¿Le gustan los buenos consejos?

Detenida en el borde de la acera, Brigitte volvió la cabeza para mirar al hombre que le había hecho tan interesante pregunta. Inmediatamente, la periodista-espía supo que acababa de suceder una de las cosas a las que se había referido Frankie, una de esas cosas que a ella siempre le sucedían. El sujeto era alto, atractivo pero de expresión dura, bien vestido pero sin sacar partido de ello. Lo catalogó en el acto como un aventurero de tercera fila. Eso sí, un sujeto de mucho cuidado, precisamente por eso, por ser de tercera fila, de los que en cuanto tienen una pequeña complicación comienzan a soltar tiros.

—Ya lo creo que sí —replicó amablemente Brigitte.

—Pues le voy a dar uno: camine Quinta Avenida arriba, y no se le ocurra echar a correr, llamar a un guardia, o cualquier otra estupidez. ¿Me ha comprendido?

—Pues sí, pero yo adonde deseo ir es al Parque, así que…

—Amiguita, si usted no hace lo que le digo sólo irá a un sitio: al cementerio. ¿Le gustaría eso?

—De ninguna manera. Jamás pienso ir al cementerio.

—¿Jamás? Me parece que debería ir haciéndose a la idea de que algún día irá a parar allí. No siempre vivirá en un sitio como el que ocupa ahora, en el que sólo viven privilegiados de la vida… El día menos pensado, ¡zas!, de cabeza al cementerio.

—Le aseguro que no. Es que tengo ordenado que quemen mis restos mortales y los arrojen al mar, ¿sabe?

—¿De veras? ¡Qué ocurrencia tan chocante! ¿Y eso por qué?

—Es que el mar es muy grande, y los cementerios son muy pequeños… En un cementerio nunca tendría la seguridad de que no iba a tropezarme con un sujeto como usted.

—Ya. Oiga, ¿a qué viene tanto palique? ¡Camine!

Brigitte Montfort obedeció. A fin de cuentas, estaba deseando hacerlo. Por fin el contacto, algo, una pista… ¿O lo que estaba

sucediendo no tenía nada que ver con el asunto que la tenía tan mentalmente ocupada desde hacía dos días, pasados prácticamente encerrada en su apartamento? Se volvió, y vio al sujeto, que la seguía a media docena de pasos, mirándola con fijeza obsesiva. Brigitte no llevaba arma alguna, pero ella jamás habría de preocuparse demasiado por sujetos como el que seguía sus pasos.

Uno de los agentes de policía habituales de la Quinta Avenida saludó afectuosamente a Brigitte, que le sonrió con su delicioso encanto. La siguiente vez que se volvió a mirar ya eran dos los sujetos que la seguían.

Al parecer, el primero en abordarla se sentía más seguro si otro bravucón lo acompañaba. Parecían dos perros de presa acosando una inocente perdiz…, pensamiento que hizo sonreír a Brigitte, aunque ya mirando de nuevo hacia delante.

Habían caminado tres manzanas cuando el sujeto que la había abordado la alcanzó.

—Gire a la derecha al llegar a la esquina. Vamos a entrar en un *parking*, y luego daremos un paseo en coche.

—Me parece que usted no se da cuenta de que me están secuestrando… y eso es un delito muy grave.

—Deje de hacerse la tonta.

Entraron en el estacionamiento subterráneo, Brigitte acompañada del sujeto ya conocido, y el otro detrás de ambos. Descendieron al segundo sótano, y aquí, el sujeto que todavía no había hablado con Brigitte abrió uno de los coches, en cuyo asiento de atrás se acomodaron la periodista y su interlocutor. El otro se puso a los mandos, y un minuto más tarde salían del estacionamiento. Brigitte ni siquiera se molestó en preguntar adónde iban. Tenía la certeza de que por el momento no le iba a ocurrir nada que lamentar realmente.

Pero de pronto, la pregunta pareció explotar en su mente: ¿dónde estaba ella y qué estaba haciendo veinticinco años atrás…? No, no, no había que ser tan fantástico, ella no podía pertenecer al grupo de personas que estaban siendo torturadas y asesinadas, pues todas ellas tenían bastante más edad. ¡Zambomba, mucha más edad!

—Tiene narices la tía, ¿eh? —Comentó el del volante—. No parece que esté asustada.

—¿Por qué habría de estarlo? —Inquirió Brigitte—. ¿Acaso piensan ustedes hacerme algo malo?

El que iba junto a ella soltó un gruñido de oso viejo, y de pronto tocó los pechos de Brigitte…, pero no por deseos obscenos, sino como punto de partida para un rápido y eficaz registro de todo el cuerpo femenino. Luego, preguntó:

—¿Qué cree usted que tenemos intención de hacerle?

—Se me ocurre que quizá me secuestran para pedir un rescate por mí al Morning News. No se me ocurre nada más.

—Podríamos querer violarla.

—Oh.

—¿Ni siquiera eso la asusta?

—Ya lo creo que sí. Pero ustedes no tienen cara de violadores.

—¿De qué tenemos cara? —inquirió el del volante.

—De gente enfadada, eso es todo. La gente enfadada no se dedica a las violaciones. Escuchen, si lo que quieren es dinero no hace falta que compliquemos más las cosas. Podemos ir a mi…

—Cierre la boca.

Brigitte cerró la boca. Estuvieron viajando unos veinte minutos por Nueva York, posiblemente con la ridícula idea por parte de los dos sujetos de despistar a la señorita Montfort en su propia ciudad, cosa que, ciertamente, no ocurrió, pues ella supo en todo momento dónde estaban. Y supo, por tanto, dónde se hallaba cuando el coche entró en un viejo local cuya puerta había permanecido abierta y que se cerró en cuanto el coche estuvo dentro. El conductor paró el motor, se apeó y abrió la portezuela del lado de Brigitte, que salió mirando con curiosidad al tercer hombre, el que había cerrado la puerta del local y que ahora, plantado ante ella, la observaba a su vez con manifiesto interés. Era un sujeto de unos cuarenta años, de casi metro noventa, macizo, rubio, de ojos pasmosamente azules y mandíbula cuadrada.

—¿Llevaba algún arma? —preguntó.

—No, nada. Dice que salía para ir al Central Park. Debía de querer dar un paseo.

El sujeto de metro noventa seguía mirando especulativamente a Brigitte.

De pronto, señaló hacia el fondo del local, y se encaminó hacia allá, seguido por Brigitte, levemente empujada por los otros dos,

que fueron tras ella. De aquel local pasaron a otro más pequeño y todavía más sucio, luego recorrieron un pasillo, y finalmente desembocaron en una salita algo mugrienta, pero acogedora en comparación a todo lo visto hasta entonces. Incluso había tocadiscos, televisión, mueble-bar, y una librería muy escasamente surtida, además de algunas sillas, dos sillones y un sofá. En una de las paredes había un cuadro bastante pornográfico, pero que resultaba simpático, representando las hazañas de un viejo sultán con algunas de sus odaliscas.

—¿Qué tiene que ver usted con la CIA? —preguntó de pronto el rubio gigante.

—¿Con la CIA? —Le miró Brigitte abriendo mucho los ojos—. ¡Nada!

—¿Quiere que le parta a patadas todos los huesos de su cuerpo? —propuso el tipo que había conducido el coche.

—Cállate —le miró fríamente el gigante; sacó un sobre de un bolsillo interior y lo tendió a Brigitte—... Siéntese donde quiera, eche un vistazo a esto, y decida si quiere que las cosas se arreglen con buenos modales o prefiere que la violemos los tres hasta reventarla.

Capítulo III

Brigitte se sentó en uno de los sillones, abrió el sobre, y extrajo las fotografías que contenía. No se sorprendió demasiado, y menos todavía, se alteró. Había una docena de fotografías en total, y en todas aparecía ella y sus Simones de Pensacola. Las fotografías habían sido tomadas con teleobjetivo cuando ella visitaba el pequeño yate *Skysun*, de Dean Fenwick, y cuando visitaba la casa de este mismo personaje.

La periodista espía alzó sus ojos hasta los del gigante rubio, que dijo:

—Esos hombres que la acompañan son agentes de la CIA. ¿Lo sabía usted?

—Sí. No es la primera vez que trato con personal de la CIA. Tengo algunos amigos en Langley, y de cuando en cuando me ayudan a conseguir un buen reportaje…, siempre y cuando corresponda a su amabilidad aceptando… algunas sugerencias para añadir en mis artículos.

—Ya. Pero no es usted agente de la CIA.

—Claro que no, ¡qué barbaridad!

—¿Por qué le parece una barbaridad?

—Pues no sé… Bueno, ya tengo mi trabajo de periodista, y le aseguro que a veces es lo suficientemente complicado. Como en esta ocasión, por ejemplo. ¡Oiga…! ¡¿Ustedes tienen algo que ver con los asesinatos de…?!

—Siga —sonrió mordazmente el gigante—… Siga, siga, diga lo que tenga que decir.

—Usted ya sabe de qué hablo: de esas cuatro personas que han sido torturadas y asesinadas a razón de una por mes.

—¿Qué sabe usted de todo esto?

—Lo que me han dicho mis amigos de la CIA.

—¿Y qué le han dicho sus amigos de la CIA?

Brigitte lo explicó, sin omitir prácticamente nada. No tenía nada que perder mostrándose comunicativa, considerando que estaba segura de que aquellos hombres eran los relacionados con el asunto y que, por tanto, sabían mucho más que ella.

—Es decir —sonrió el gigante cuando ella terminó de hablar— que la CIA no ha conseguido ninguna pista.

—Hasta ahora, no.

—Pero… ¿por qué la llevaron a usted allí? —Intervino el que la había abordado en la calle—. Porque una cosa es pasarle alguna información y alguna «idea» para que la deslice usted en sus artículos, y otra cosa es llevarla al lugar de los hechos. Me permito dudar que la CIA haga esto con muchos periodistas, Ya, ya sabemos que es usted muy famosa, y precisamente por eso fue identificada inmediatamente en las fotografías, pero también hay otros periodistas famosos, y presentadores de televisión, y gente así… Pero a nadie lo llevan a sitios donde ocurren esas cosas, a nadie llevaron a ninguno de los tres sitios anteriores. Y cuando se deciden a llevar un periodista la eligen a usted. ¿Por qué a usted, y por qué llevarla al lugar de los hechos?

—Ya les he dicho que tengo buenos amigos en Langley.

—¿Qué amigos? Díganos aunque sólo sea uno.

—¿Qué es lo que quieren ustedes exactamente de mí?

—Queremos asegurarnos de que no es de la CIA —dijo el gigante.

—Ya les he dicho que no lo soy.

—De acuerdo. Díganos el nombre de alguno de sus amigos.

Brigitte estuvo unos segundos mirando fijamente al gigante. Luego, miró a los otros dos. Finalmente, apretó los labios, y eso fue todo. Los tres hombres la miraban verdaderamente divertidos.

—¿Sabe? —Dijo el gigante—, me parece que nos está usted mintiendo, señorita Montfort, y eso puede enfadarnos mucho.

—No quiero perjudicar a mis amigos —dijo Brigitte—. Ustedes díganme qué quieren exactamente de mí, y llegaremos a un acuerdo. Pero no les diré nombres de nadie.

—No, ¿eh? —Se le acercó el que la había abordado—. ¡Ya lo veremos!

La agarró por la ropa del pecho, la puso en pie de un tirón, y le hundió salvajemente el puño en el estómago…

Lo que sucedió a continuación fue de verdadero pasmo: la señorita Montfort no sólo no se derrumbó muerta de dolor, sino que, soportando el tremendo impacto y sorprendiendo con esto no poco a su agresor, introdujo la mano izquierda bajo la axila izquierda de éste, le arrebató la pistola que portaba en la funda, apoyó la boca de fuego en el vientre del sujeto, y disparó dos veces.

Al instante siguiente, mientras el hombre caía hacia atrás violentamente, gimiendo y retorciéndose de dolor, la espía alzó y estiró el brazo derecho, y disparó de nuevo, ahora una sola vez, metiendo la bala en la frente del sujeto que había conducido el coche, derribándolo como un pelele con los pies hacia el techo antes de rebotar de cabeza en el suelo.

Y al instante siguiente la pistola estaba apuntando al gigante rubio, que, simplemente, no había tenido tiempo de reaccionar de ninguna manera. El hombre se quedó mirando atónito la pistola, y luego alzó la mirada hasta los azules ojos de la señorita Montfort, cuya expresión entre gélida y burlona la provocó un violento escalofrío.

—Como ve —dijo Brigitte suavemente—, yo también puedo enfadarme.

El hombre volvió a mirar la boca de la pistola, de nuevo los ojos de Brigitte, y terminó pasándose lentamente la lengua por los labios. Un poco más allá, el sujeto que había recibido los dos balazos en el vientre gemía su dolor, mientras miraba con expresión desorbitada a la periodista, que dedicaba toda su atención al macizo gigante rubio.

—Acérquese —ordenó.

—Escuche —mascculló él—, no haga de esto una cuestión personal… Nosotros estábamos trabajando, eso es todo.

—Yo también estoy trabajando ahora. Acérquese.

El gigante obedeció, de evidente mala gana según todas las apariencias, pero en el fondo encantado ante la posibilidad clarísima que aquella estúpida le ofrecía al permitirle emprender por sorpresa cualquier acción que pudiera desarmarla y luego darle una buena lección…

Recibió en plenos testículos un puntapié espantoso que, simplemente, lo derrumbó como muerto cuando todavía él andaba pensando en la posibilidad de sorprender a la señorita Montfort con

alguna «ingeniosa treta».

Cuando abrió los ojos, la señorita Montfort se hallaba sentada en un sillón, pistola en mano, fumando, y mirándole con indiferencia glacial. El gigante tardó todavía unos segundos en comprender que su compañero de las balas en el vientre había dejado de sufrir. Yacía ahora boca arriba, con la expresión petrificada, los ojos muy abiertos y como cristalizados.

—Sus amigos son muy flojos, señor Bannion: ¿a quién se le ocurre morirse sólo porque les metan unas balas en el cuerpo? Pero, en fin, personas como Orwells y Nedelman están mejor muertas que vivas. Y usted también es de esas personas que están mejor muertas… Mejor para los demás seres huma nos, se entiende, no para usted. En cualquier caso, lo tengo muy claro: si usted no me sirve de nada a mí lo mataré inmediatamente. ¿Cree que puede servirme de algo, señor Bannion?

El macizo gigante se pasó la lengua por los labios de nuevo. Naturalmente, había comprendido que la señorita Montfort les había registrado a los tres, y que había encontrado sus documentaciones. Considerando que la señorita Montfort tenía importantes amistades en la CIA, ella no iba a tener la menor dificultad en obtener muy pronto toda cuanta información deseara sobre él mismo y sus compinches Nedelman y Orwells. Y ciertamente, salvo que de alguna manera consiguiera congraciarse con la señorita Montfort, él era hombre muerto… Él también lo veía todo muy claro.

—Tal vez —murmuró.

—Me temo que no tengo suficiente con un «tal vez».

—Usted es de la CIA —gruñó Bannion.

—Tal vez —sonrió la señorita Montfort.

—Y no una agente cualquiera. Para haberse desembarazado de nosotros tan fácilmente, usted tiene que… que…

Bannion calló como si le fuesen cerrando la boca poco a poco. Por fin, se quedó mirando con expresión desorbitada a Brigitte, que le miraba todavía sonriendo con perverso regocijo, dándose perfecta cuenta de las cavilaciones de Bannion respecto a su personalidad: una mujer a la cual la CIA lleva al lugar de unos hechos preocupantes, con la cual se muestran respetuosísimos, a la que acompañan a todas partes…, una mujer que en un par de segundos

toma el mando en una situación que ni siquiera un hombre habría resuelto fácilmente, ni mucho menos…

—¿Ha llegado ya a alguna conclusión? —inquirió ella.

—Usted es Baby —jadeó Bannion, súbitamente tan pálido que de repente parecía un cadáver—… ¡Maldita sea mi estampa, usted es Baby! Pe-pero esto… ¡es increíble, nadie podría sospechar que…!

—Señor Bannion, ya hemos perdido tiempo suficiente. Ahora, vamos a sostener una conversación inteligente y coherente. Veamos: ¿quién les envió a ustedes a secuestrarme?

—Masterson. Gordon Masterson.

—De acuerdo. ¿Y quién o qué es este sujeto?

—Simplemente, es el hombre que nos contrató y para el cual llevamos trabajando casi un año.

—Casi un año… ¿Quiere decir que hace casi un año que están ustedes asesinando personajes a razón de uno por mes?

—No… No, no.

—¿Va a decirme que ustedes no han asesinado a nadie?

—Bueno, nosotros… Quiero decir que no hemos asesinado a doce personas… No.

—¿A cuántas, entonces?

—Solamente a cuatro.

—Solamente a cuatro —repitió la divina, como maravillada—… Naturalmente, esas personas son Astun Pellman, Grant Mulware, Lilliam Pinkham y, por último, en Pensacola, Dean Fenwick. ¿Correcto?

—Sí.

—Ese tal Gordon Masterson… ¿va con ustedes?

—Claro. Él es quien lleva a cabo los… interrogatorios.

—¿Quiere decir las torturas?

—Sí.

—¿Usted y sus dos amigos no participaban en las torturas?

—Bueno… Colaborábamos en ellas un poco, claro.

—Colaboraban un poco. Ya. ¿Y qué exigían ustedes a sus víctimas durante los interrogatorios, qué es lo que querían que ellas les dijeran?

—Masterson siempre les exigía que le dijeran dónde está exactamente el P. T.

—¿Qué es el P. T.?

—No lo sé… ¡Se lo juro, no tengo ni idea de eso! ¡Masterson y los otros, los que torturábamos, se entendían, pero nosotros no comprendíamos nada de nada, nunca hemos sabido qué es el P. T.!

—Sin duda, usted se da cuenta de que cuando lo lleve a la Central de la CIA y lo ponga en manos de mis compañeros nos dirá todo lo que sepa de cualquier cosa, señor Bannion.

—¡Le juro que no sé qué es el P. T.! —aulló Bannion.

—Está bien, de momento lo aceptaré así. ¿Lo sabían las personas a las que torturaban? ¿Está usted seguro de que entendían lo que les decía Masterson, que sabían de qué les estaban hablando?

—Nuestra impresión era que sí, aunque ellos lo negaban.

—¿Lo negaban incluso cuando los sometían a aquellas bestiales torturas?

—Sí… Sí, siempre lo negaban.

—Pues debían de ser increíblemente valientes y resistentes, ¿no cree?

—No sé.

—¿Usted habría resistido aquellas torturas sin decir lo que sabía de cualquier cosa?

—No lo sé…, pero creo que no.

Brigitte asintió, apagó el cigarrillo, y tras breve reflexión, preguntó:

—¿Dónde vive ese Masterson?

—No lo sabemos… Bueno, sabemos que él está casi siempre en The Forest, pero no sabemos dónde está eso.

—¿The Forest? ¿Y eso qué es?

—No lo sabemos. Bueno, suponemos que es un bosque, claro…, o algo parecido, pero no lo sabemos exactamente, ni sabemos dónde está.

—Pero ustedes bien debían de tener un lugar donde encontrarse con él, o un sistema para comunicarse, ¿no?

—Sí… Claro, sí. Él nos llamaba y nos encontrábamos en el Meadow Pond Tennis. Es un club de tenis de Hampton Beach, en el Estado de New Hampshire. Íbamos allá, tomábamos unas copas, charlábamos… Nadie se fija demasiado en nadie, en ese club, pues es muy grande, y hay de todo: piscina, tenis, *squash*, bolera, sala de juego, gimnasio… Es un lugar muy conocido, y bastante popular.

—Claro: cuanta más gente menos se fijan en uno. Dígame otra

cosa, señor Bannion: ¿tienen ya seleccionada a la próxima persona para preguntarle dónde está el P. T.?

—No. Es decir, yo no lo sé. Nosotros no lo sabíamos hasta que Masterson nos llamaba al club y nos daba las instrucciones para encontrarnos cerca de donde debíamos hacer el trabajo. Siempre íbamos allá por separado: yo por un lado, Nedelman y Orwells por otro, y Masterson por otro.

—Ya, ya. Zambomba, señor Bannion, está usted siendo de lo más amable y comunicativo. Tanto, que me siento inclinada a desconfiar de usted, espero que lo comprenda.

—Sé que mi única posibilidad de sobrevivir, aunque sea entre rejas para toda la vida, es congraciarme con usted lo máximo posible. Estoy haciendo todo lo que puedo para complacerla, por tanto.

—Una actitud muy inteligente —aprobó la espía más peligrosa del mundo—… ¿De quién es este taller?

—No es nuestro. Es de un sujeto que lo cerró hace unos meses y se fue a la Costa Oeste. Nedelman lo conocía, sabía que aquí dentro no había nadie, y lo hemos estado utilizando para pequeñas cosas.

—Ya entiendo. ¿Y a ustedes les parecía que secuestrarme a mí era… una pequeña cosa?

—No se nos ocurrió en ningún momento que usted pudiera ser la agente Baby.

—Lo cual demuestra su baja calidad pensante, ¿no le parece? Pero en fin, me han traído aquí, y hay que aceptarlo así. ¿Qué pensaban hacer conmigo, concretamente?

—Teníamos que averiguar si la CIA había encontrado alguna pista, pero sobre todo convencernos de que no era usted de la CIA.

—¿Y esto último por qué?

—Creemos que Masterson quería ofrecerle algo.

—¿A mí? ¿Qué cosa?

—No lo sabemos.

—Bueno, tampoco se le puede exigir que lo sepa todo, ¿verdad? —Dijo con sospechosa amabilidad Brigitte—. ¿Cada vez que han cometido uno de esos asesinatos han permanecido luego cerca vigilando el lugar?

—Sí. Masterson se iba, pero nos dejaba allí. Debíamos obtener fotografías de las personas que se interesaran directamente por lo

sucedido relacionándose con la CIA.

—Digamos que Masterson tenía la esperanza de que apareciera cerca de la víctima alguna persona susceptible de ser tan amiga de la víctima que pudiera saber lo que no sabía ésta, y entonces convertirla en la próxima víctima.

—Creemos que ésta era la idea de Masterson, sí…, pero nunca apareció nadie adecuado.

—Pese a lo cual, Masterson sigue teniendo una… lista de personas a las que torturar y asesinar a razón de una por mes.

—Así parece. Paro de eso no sabemos nada… Ya le he dicho que él sólo nos daba instrucciones cuando nos reuníamos en el club de tenis poco antes de partir por separado hacia el lugar donde debíamos hacer el trabajo.

—Ya, ya. Zambomba, señor Bannion, de veras, está usted siendo formidablemente útil y comunicativo. ¡No sólo tendré que perdonarle la vida, sino incluso darle un buen premio!

—La vida ya es suficiente premio.

Brigitte asintió de nuevo, y se quedó mirando inexpresivamente al criminal. ¿Realmente él decía la verdad? No en sus confidencias sobre el tal Masterson y los demás detalles, sino sobre su razonable comportamiento, siendo tan comunicativo… ¿Esperaba Bannion salir con vida después de que él había amenazado de muerte a la señorita Montfort violándola hasta reventarla…, y sobre todo después de que había comprendido que la señorita Montfort era la agente Baby?

Y de repente, Brigitte comprendió la situación real, respingó, y su mirada pareció perforar a Bannion.

—Él va a venir, ¿verdad? —exclamó—. ¡Masterson va a venir aquí! Usted lo ha llamado por teléfono antes de abrir la puerta del garaje… Él está en Nueva York, esperando a que ustedes me atrapasen, usted le ha llamado para decirle que lo habían hecho… ¡y él va a venir!

—No —negó Bannion, desesperado—… ¡Él no está en Nueva York, no! ¡Yo no he llamado a nadie!

La fijeza de la mirada de la espía era espeluznante. Bannion, que mientras conversaba con ella se había sentado en otro sillón, intentó ponerse en pie, como para dar más énfasis a sus palabras. Brigitte estiró el brazo derecho, con la pistola de Nedelman

firmemente empuñada, y disparó sin misericordia alguna por dos veces, metiendo las dos balas casi juntas en el corazón del asesino profesional, que emitió un gorgorito y cayó de nuevo sentado, retorcido su rostro en una horrenda mueca, desorbitados los ojos de rabia y miedo ante la muerte que había visto llegar.

Los dos estampidos habían sonado como secos ladridos que inmediatamente se desvanecieron. La espía estuvo unos segundos con el brazo extendido, todavía apuntando al ya cadáver Bannion. Luego, de pronto, se relajó. Ahora el silencio era total en aquella vivienda interior y húmeda. La espía estuvo escuchando durante no menos de un minuto, oyéndolo todo, analizando el más leve rumor que llegó a su finísimo oído, sin apreciar nada que pareciera alarmante.

Finalmente, se puso en pie, y se acercó al aparador, en uno de cuyos cajones halló unas viejas servilletas. Eligió una, la colocó sobre una mesita, y fue colocando en ella las documentaciones y las armas de los tres asesinos que habían pasado a peor vida, tal como se merecían. Habría que analizar todo aquello, porque nunca se sabe qué sorpresa puede deparar seguir la pista de un arma o de una documentación, y habría sido absurdo desaprovechar cualquier posibilidad…, sobre todo teniendo en cuenta que era más que posible que Bannion le hubiera estado contando un montón de mentiras sólo para entretenerla a la espera de que llegase el tal Masterson.

Pero si todo era mentira…, también debía ser mentira incluso la existencia del tal Gordon Masterson, el club de tenis, The Forest, el P. T…

Demasiadas mentiras. Demasiada inventiva para un hombre que sabía que tenía ante él a la espía más implacable del mundo. Y la más eficaz, demostrado durante años y años de supervivencia en el espionaje. ¿Se habría atrevido Bannion a soltarle un montón de mentiras a la agente Baby, cuya experiencia era más que suficiente para saber cuándo un tipo de su calaña estaba mintiendo? Claro que no. En muy buena parte Bannion tenía que haber estado diciendo la verdad, para que su voz sonase sincera, para que la espía más astuta del mundo no desconfiase, para que se distrajera escuchando su información…, mientras llegaba el tal Gordon Masterson y la sorprendía.

Algo de verdad tenía que haber dicho Bannion, seguro que sí.

Y en aquel momento, en alguna parte se produjo un rumor que Brigitte tardó apenas un segundo en identificar: el de una puerta alzándose. Una puerta grande. La puerta del taller. Casi enseguida, llegó el seco impacto de la portezuela de un coche al ser cerrada.

La mano diestra de Brigitte asió la pistola que había estado utilizando hasta entonces, y luego la espía permaneció inmóvil, escuchando… Era como si lo estuviese viendo todo: Masterson había llegado, había abierto la puerta del taller, había entrado en éste, y se había apeado del coche, cerrando la portezuela.

Y ahora estaba quieto, esperando.

Y también escuchando, como ella. Él había visto el coche que utilizaban sus compinches, sabía que ellos habían llegado; lo sabía, además, porque Bannion se lo había comunicado por teléfono llamándole a su guarida en Nueva York, si es que tenía alguna fija, o simplemente a su habitación en un hotel…

—¿Bannion? —Llegó de pronto la voz masculina hasta la salita.

Brigitte no se movió. Podía hacer esto, quedar inmóvil, o bien salir al encuentro de Masterson. Las dos cosas eran peligrosas, dada la situación, pero lo era mucho más salir al oscuro pasillo y, dejando a su espalda la luz de la salita, recorrerlo hacia el taller. No tenía por qué correr semejante riesgo.

Esperaba que Masterson insistiera de nuevo llamando a Bannion, o que llamara a cualquiera de los otros dos. Pero no hizo tal cosa. Era un hombre muy listo: si Bannion no contestaba a su primera llamada era que no podía hacerlo, simplemente. O que Bannion no estaba, cosa más dudosa, viendo el coche allí y sabiendo que habían atrapado a Brigitte Montfort…

De súbito, ésta tuvo uno de los mayores sobresaltos de su vida: al mismo tiempo que en el pasillo se oía el estampido, la puerta de la salita fue violentamente arrancada, y dentro de ésta se produjo la explosión y la tremenda llamarada, que en el acto prendió en los restos del aparador que acababa de destrozar, lanzando astillas ardientes a todas partes.

Algunas de estas astillas impactaron en el cuerpo de Brigitte, y dos en una mejilla, mientras la espía caía sentada debido al fuerte empujón de la onda expansiva. Al instante siguiente, la espía estaba de nuevo en pie, prácticamente rodeada de fuego.

No titubeó ni un segundo: echó a correr hacia la pequeña puerta que antes ya había visto que ocultaba un diminuto cuarto de ducha, lavabo y retrete, la abrió, y entró en la reducida estancia… Apenas había cerrado la puerta cuando sonó en la salita el segundo bufido de granada incendiaria. La puerta del diminuto cuarto de aseo crujió y se rajó de arriba a abajo, despidiendo algunas astillas, de las cuales protegió Brigitte su rostro con ambas manos. La oleada de calor, sumándose al de la anterior granada, fue tremenda, y, ciertamente, si en lugar de haber sido solamente pequeñas granadas incendiarias hubieran sido explosivas, allí habría terminado su trayectoria de espía la señorita Brigitte Montfort.

Y de todos modos la iba a terminar si no reaccionaba rápidamente. Sintiendo como si estuviera cociéndose en una olla rugiente, Brigitte se subió al inodoro, y con la pistola que todavía empuñaba rompió los cristales más que sucios de la angosta ventanilla. Tiró la pistola fuera, se agarró al borde, y con hábil impulso se izó, asomando la cabeza fuera. Lo que vio no podía ser más deprimente, pero mucho mejor que un infierno como el que tenía detrás: un pequeño patio interior que pareció el pozo del fin del mundo, y, enfrente, una tapia. Sintiendo ya que sus nalgas y sus piernas comenzaban a cocerse, Brigitte no se lo pensó dos veces: saltó al patio interior, y enseguida oyó el chillido de una rata y notó algún contacto en un pie. Conteniendo un grito, Brigitte saltó para agarrarse con ambas manos al borde de la tapia, olvidada completamente de la pistola. Falló el primer salto, gritó al caer de nuevo cerca de algunas ratas, y volvió a saltar, aferrándose ahora al borde de la tapia y efectuando el impulso que la colocaría allí sobre su vientre.

Delante de ella vio otro patio oscuro, pero más allá la silueta de los edificios en cuyas ventanas de interior de manzana había luz más que suficiente para que ya no tuviera que pisar más ratas.

Capítulo IV

Había estado preocupado hasta que la noticia apareció en algunos periódicos de la tarde siguiente, entrando en algunos detalles sobre el incendio que se había producido en determinado taller de la ciudad de Nueva York; un taller con vivienda, dentro de la cual habían sido encontrados cuatro cadáveres, todos ellos aún no identificados pero sin la menor duda respecto a que uno pertenecía a una mujer.

Lamentable.

No por Bannion y los otros dos inútiles, que sin duda habían cometido algún error, sino por la señorita Montfort, tan hermosa, tan encantadora, tan inteligente. Sin la menor duda habría encajado muy bien en los planes de The Forest, pero, en fin, los muertos ya no sirven de nada a nadie.

Lo que tenía muy intrigado a Gordon Masterson era lo que había podido ocurrir allá dentro entre la señorita Montfort y aquellos tres zánganos. ¿Por qué ellos no habían contestado a su llamada? Ya le había inquietado que no acudiera ninguno a recibirlo, pero luego, además, aquel silencio… ¿Qué podía haber ocurrido allí dentro antes de que él llegara? Fuese lo que fuese, seguro que para él no tenía buenos augurios, así que no había querido correr el menor riesgo.

Ya corría suficientes por otro lado.

En fin, de todo eso hacía ya tres días, así que no valía la pena preocuparse ni hacer más cábalas. Ahora tenía que encontrar otros ayudantes, a fin de continuar con el asunto. Por fortuna, encontrar tipos de la calaña de Bannion y los otros dos no era precisamente un gran problema. Sí, lo mejor que podía hacer era irse a Miami a buscar otros tres sujetos como los que había perdido, y asunto solucionado. Y tal vez fuese conveniente dejar de frecuentar el Meadow Pond Tennis, por si alguien se había fijado antes en él y

ahora observaba que nunca se encontraba con sus tres amigos…

Sentado a la barra del bar del club, Gordon Masterson movió la cabeza como reprochándose algo a sí mismo. Realmente… ¿quién se había de fijar en él y sus amigos en un lugar como aquel? Le estaba dando demasiada importancia a lo ocurrido. Y no era tan complicado, qué demonios.

—Póngame otro, por favor —pidió al camarero.

Éste asintió, y se dispuso a servirle el segundo vodka con hielo. Gordon se volvió en el taburete, mirando a través de los amplios ventanales hacia las instalaciones del club. ¿Por qué tenía que dejar de ir allí? Se estaba estupendamente, siempre había gente, nunca nadie se ocupaba de nadie… Había un excelente servicio de restaurante, deportes, distracciones… Incluso los románticos tenían cabida allí: podían pasear en bote por el lago, y…

—Perdone, joven: ¿hace mucho que está usted aquí?

Gordon Masterson se volvió hacia la mujer que le había hecho la pregunta, e inmediatamente sonrió. No señor, no se trataba de una de aquellas supuestas damas que se quedaban mirándole embobadas y que, casi siempre, intentaban el acercamiento con cualquier pretexto idiota. En fin, era una consecuencia de ser tan alto, tan moreno, tan guapo y atlético… Y es que en esta vida todo tiene sus inconvenientes, incluso ser guapo. Y a lo mejor, hasta ser rico. Podría ser.

—No señora —dijo amablemente—… Apenas cinco minutos. ¿Por qué?

—O sea, que no sabe si ha pasado por aquí mi nieta.

—No creo conocer a su nieta, así que…

—Oh, bueno, ella es alta, preciosa, rubia, ojos azules, con un tipo estupendo y… ¿No?

—Señora, si su nieta hubiera estado cerca de mí la habría visto —aseguró siempre sonriente Gordon Masterson.

La dama frunció el ceño. Era… encantadora. Sí, encantadora. Debía de tener unos setenta años, vestía con muy discretísima elegancia, y sus cabellos blancos le conferían un aspecto de lo más distinguido. Unas gafas de cristales redondos daban al rostro una nota venerable y delicada. Con sus aristocráticas manos, la dama sostenía un bastón de empuñadura de plata.

—Usted quiere decir —dijo la dama—, que si es tan guapa como

la he descrito por fuerza la habría visto si hubiera estado aquí.

—Exactamente.

—¡Pues sí que estamos bien…! ¿Y usted quién es, joven?

—¿Yo? Por si le sirve de algo, mi nombre es Gordon Masterson, pero no veo qué puede importar, francamente.

—Ajá, Gordon Masterson. Sí, ya me lo habían señalado, pero es que quería estar completamente segura, ¿sabe?

—Segura… ¿de qué?

—Pues de que si lo matábamos no íbamos a cometer una lamentable equivocación. Es que hay que ir con mucho cuidado, ¿sabe? Porque una cosa es matar a sujetos como usted y otra es matar a un simpático y guapo muchacho deportista que viene aquí a hacer salud y si puede conquistar alguna muchacha. O ligársela, como dicen ahora. Vamos, ya me entiende, ¿no? Supongo que aquí no viene usted armado, pero por si así fuese, le aconsejo que antes de cometer alguna estupidez mire bien a su alrededor.

Gordon Masterson, que había estado escuchando a la anciana con los labios apretados y la mirada como paralizada, acertó por fin a reaccionar, y miró a su alrededor. No hacía falta ser demasiado listo, sobre todo después de escuchar a la anciana, para destacar la presencia de tres hombres que, estratégicamente distribuidos por el bar, parecían no mirarle. Los tres vestían informalmente, como socios o visitantes normales del popular club, pero Masterson pensó inmediatamente en tres letras nada más verlos: CIA.

Descolorido ahora su rostro, Gordon Masterson regresó lentamente su mirada a los azules ojos de la anciana.

—¿Quién es usted? —susurró.

—Digamos que soy una buena amiga de la infortunada Brigitte Montfort. Usted ya sabe de qué le hablo, ¿verdad, señor Masterson?

Éste no contestó. Sentía la boca seca. Como queriendo remediar esto, el camarero le sirvió su copa.

La anciana miró al camarero, y preguntó:

—¿Esto es vodka?

—Sí señora.

—¿Y por qué le pone usted hielo? ¿Acaso no sabe que el vodka se sirve helado, pero no con hielo dentro? ¡Qué barbaridad, qué ultraje!

—Él lo pide así —sonrió el camarero, mirando a Masterson.

—Pues haga el favor de llevarse esta porquería, y sírvanos dos vodkas como Dios manda en una mesita de ahí fuera. ¿Entendido?

—Por supuesto, señora.

—Ajá.

La anciana volvió a mirar a Masterson, sonrió con mal disimulada ironía, y tomó de un brazo al acorralado personaje, que se bajó del taburete y la acompañó hacia la salida a la terraza. Frente a ellos, una amplia extensión de césped, y luego las pistas de tenis. Más allí, a la izquierda, el embarcadero del lago. Había unos hermosos toldos listados en blanco y amarillo, pero en aquel momento estaban replegados permitiendo que el sol inundase la terraza.

La anciana se sentó a una mesa, y Masterson lo hizo frente a ella.

—Zambomba, qué bien se está aquí —suspiró ella—… ¡Y eso en octubre! Bueno, es agradable tener buen tiempo después de haber sufrido calores terribles, tormentas, huracanas… ¿Qué me dice del huracán Gilbert? Tremendo, ¿no le parece?

Los tres sujetos que parecían no enterarse de nada habían salido también a la terraza, y se dedicaban a contemplar el cielo, las flores y los árboles.

Pero Masterson sabía que si movía sólo una pestaña de manera agresiva hacia la anciana, podía darse por muerto.

La miró de nuevo.

—Usted es Baby —susurró.

—¿Quién?

—Me alegro de encontrarla. Así podrá ayudarme.

—¿Ayudarle? —La anciana clavó su mirada en los ojos castaños del guapo atleta—. ¿A asesinar gente?

—Sí, es cierto que estamos asesinando gente, pero… digamos que somos asesinos en estado de gracia. Como ellos mismos.

—Asesinos en estado de gracia… ¿De qué está usted hablando?

—Tengo entendido que usted ha matado a muchas personas…, y, seguramente, a algunas de ellas las ha asesinado, pero, dígame: ¿no se considera usted una asesina en estado de gracia?

—Tal vez. Pero vamos a aclarar las cosas. Primero, usted no ha sido quien me ha encontrado a mí, sino yo a usted. Segundo, no he venido aquí para hablar de mí, pues ese tema ya me lo conozco

bien, sino a hablar de usted. Y tercero, si usted está pensando en endosarme cualquier historia absurda, olvídelo, a menos que tenga interés en verme muy enfadada. ¿Está esto claro?

—Sí.

—Bien. ¿Qué es The Forest?

—Un lugar rodeado de bosque donde viven unos amigos míos.

—¿Amigos que tienen que ver algo con todo este asunto?

—Desde luego. Son quienes lo han promocionado… En realidad yo soy solamente algo así como… el director ejecutivo del proyecto.

—¿Qué proyecto?

—Recuperar el P. T. con el fin de destinarlo a organizaciones benéficas de alto nivel, como por ejemplo la UNICEF o la Organización Mundial de la Salud.

—¿Qué es el P. T.?

—P. T. son las iniciales de Particular Treasure, o Private Treasure, como lo llaman algunos.

—Tesoro Privado o Tesoro Particular… ¿Qué significa eso, de qué se trata?

Gordon Masterson titubeó. La anciana apretó los labios. El camarero depositó en la mesita dos copas de vodka helado, pero no con hielo. O sea, el vodka servido como Dios manda. La anciana bebió un sorbito, aprobó, y dirigió una simpática mirada al camarero, que sonrió a su vez y terminó por reír cuando la anciana le guiñó un ojo. Masterson también bebió un sorbo, abrió mucho los ojos, y luego puso cara de resignación ante las tonterías que una persona puede cometer en la vida hasta que se entera de las verdades…, aunque sean tan simples como la de enfriar el vodka cuanto se quiera, pero nunca echarle hielo.

—Verdaderamente —admitió—, así está mucho mejor.

—Muchísimo mejor. ¿Qué significa eso de Tesoro Particular?

—Yo preferiría que hablase usted con ellos.

—¿Con sus amigos? No tengo ningún inconveniente, de modo que podemos ir allá en cuanto terminemos este excelente vodka.

—Le aseguro que no tengo intención de tenderle ninguna trampa.

La anciana se quedó mirándolo estupefacta. Luego, soltó una deliciosa carcajada sorprendentemente juvenil, y dijo:

—Es usted realmente chocante, señor Masterson… ¡Realmente

chocante, créame!

Capítulo V

The Forest hacía honor a su nombre: era un hermoso bosque unas diez millas hacia el interior y un poco al Norte de Hampton Beach, la encantadora localidad vacacional de New Hampshire. Por entre pinos que cada vez parecían apretarse más unos con otros discurría una carretera bien asfaltada pero sin señalizaciones, evidentemente particular. De cuando en cuando, por entre los pinos, se divisaba una construcción que bien pronto desaparecía.

—Es una urbanización privada —explicó Masterson, que conducía su coche—, para personas que gustan de vivir en paz.

—Y que tienen dinero para comprarla.

—Claro. Así es la vida, ¿no?

—No, la vida NO es así —rechazó la anciana—… Algunas gentes la han hecho así, pero NO ES así. Dudo mucho que la vida, cuando se manifestó, proyectase que hubiera personas que vivieran como bestias y personas que vivieran como dioses.

—Me parece que tiene razón —gruñó Masterson—, pero, en cualquier caso, no es culpa mía que la vida sea así AHORA.

—Ya.

Masterson miró por el retrovisor. Tras él circulaba el coche de la CIA conducido por uno de los tres agentes que tan fácilmente se habían dejado ver por él para que supiera a qué atenerse con respecto a los problemas que podía tener si molestaba a la anciana…

¿Anciana? Masterson la miró de reojo, sentada a su derecha, contemplando apaciblemente el paisaje. Sí, parecía una anciana, pero él estaba seguro de que no lo era. Y no sólo por la carcajada juvenil, sino por aquella energía vibrante en sus ojos…

—Si se dedica a mirarme a mí vamos a estrellarnos contra un pino —dijo la anciana—… Supongo que estamos llegando.

—Sí. ¿Cómo le sabe?

—Porque he visto ya por lo menos tres hombres al parecer dedicados a pasear por el bosque, y que, naturalmente, no son más que guardianes que deben de ir armados. ¿Cuántos vigilantes hay en total en este lugar?

—Veintiséis en total, pero hacen turnos en grupos de siete u ocho, pues tienen que atender otras ocupaciones.

—¿Como atender la vigilancia electrónica, por ejemplo?

—Por ejemplo —sonrió Masterson.

La anciana le miró a su vez de reojo. Sí, era un apuesto joven que parecía encantador e incapaz de cometer cualquier acción censurable, pero lo cierto era que aquel hombre había intervenido directamente en el asesinato de cuatro personas a las que él personalmente había estado torturando con anterioridad… ¿O le había mentido Bannion?

—¿Es usted quien ha estado torturando a esas cuatro personas antes de matarlas? —preguntó.

—Sí.

—¿Y realmente tiene alguna esperanza de salir con bien de esto, después de admitir semejante cosa?

—Usted hable con mis amigos —murmuró Masterson—, y decida luego.

Muy pronto, dos vigilantes resultaron no sólo más visibles, sino por demás evidentes en su cometido. La casa apareció. Era una hermosa quinta de tono ocre, de viejas tejas, con persianas pintadas de blanco y paredes parcialmente tapizadas con buganvillas. El garaje estaba en la parte de atrás, donde también había una piscina y dos canchas de tenis, pero con cierto aspecto de abandono. También en esta parte había un vigilante más o menos parecido a un jardinero, que se acercó al coche en cuanto éste se detuvo ante la entrada al amplio garaje.

—Me permito rogarle que deje a sus amigos fuera —dijo Masterson—. Los míos no son demasiado sociables, y tanta gente seguro que podrían molestarles.

—De acuerdo.

Se apearon los dos del coche. El de la CIA se detuvo un poco más atrás, y la anciana hizo un claro gesto de espera. Ninguno de los Simones salió del coche, simplemente. La anciana y Masterson entraron en la casa por una puerta de grandes cristaleras que daba a

aquella parte de la propiedad. Una gran estancia convertida en invernadero sorprendió a Baby realmente. La luz del sol inundaba el lugar y realzaba los colores de plantas y flores. La temperatura era propia del Caribe, e incluso la luz del sol parecía multiplicarse allí dentro. Enseguida vio a los dos hombres que charlaban ante una planta de hojas redondeadas y de intenso verdor. Ambos debían de tener alrededor de sesenta años, y su simple visión sugería inteligencia y apacibilidad. Vestían de modo informal, simples pantalones y viejos jerséis, indumentaria con la que sin duda debían de sentirse muy cómodos. Los dos vieron a la anciana y a Masterson, y en el acto dejaron de conversar y se acercaron a su encuentro, sonriendo amablemente.

—Ah, Gordon, muchacho —dijo uno de ellos—, su invitada…

—Ella es Baby —dijo Masterson.

Fue evidente que los dos hombres se impresionaron; incluso se sobresaltaron lo suficiente para que la anciana se diera cuenta de ello…, del mismo modo que se estaba dando perfecta cuenta de que se hallaba ante personas de calidad.

—Ellos son Daniel y Joshua —dijo Masterson— y por ahí llegan Samuel y Lucas, que deben de habernos visto llegar.

La anciana había saludado con sendos movimientos de cabeza a Daniel y Josuah, e hizo lo mismo cuando los otros dos hombres, procedentes del interior de la casa, llegaron junto al grupo y fueron presentados. También Samuel y Lucas tenían alrededor de sesenta años, y el mismo aspecto de persona de calidad. El de más edad, quizás incluso sobrepasando los sesenta y cinco, era Samuel, cuyos perspicaces ojos azules examinaban con grandísimo interés a la anciana que acababan de presentarle como la agente Baby de la CIA.

—Más de una vez pensamos en acudir a usted —dijo Samuel—, pero nos detuvo la idea de que, casi con toda seguridad, se mantendría fiel a la CIA, es decir, al imperialismo y al abuso de poder. Pese a que oíamos algunas… historias sorprendentes de usted, temimos que no fuesen ciertas. Mire, una espía que se mantiene como usted en primerísima línea y que adquiere el poder que usted ha adquirido, francamente, no es de fiar.

—Comprendo su punto de vista —admitió Baby—, pero nos entenderemos mejor cuando yo sepa exactamente qué es lo que

están tramando ustedes con esos asesinatos. Por otro lado, quisiera saber por qué Brigitte Montfort fue secuestrada.

—Ah, lo de la señorita Montfort fue verdaderamente lamentable —se condolió al parecer sinceramente Josuah—, pero el pobre Gordon temió que hubiera sucedido dentro de aquel taller algo que pudiera comprometer nuestro grupo y el conjunto de la operación, y… tomó medidas quizás excesivamente drásticas. ¿Le apetece un refresco?

—No, gracias.

—Podemos pasar al salón, y acomodarnos…

—Yo estoy muy bien aquí, con calor y sol, y además con flores y plantas. Escuchen, yo puedo entender cualquier cosa que me expliquen adecuadamente, así que vamos a ello: ¿qué pueden decirme que justifique esos cuatro asesinatos?

—Se trata de recuperar el P. T.

—Sí, ya sé, el Tesoro Particular, el Particular Treasure. ¿En qué consiste ese… tesoro?

—Es el volumen total de las rapiñas brutales pellizcadas hace años por gente que entonces se hallaba en la cumbre de la política, la milicia, los servicios informativos o diplomáticos… La gente que se hallaba en el poder, ya me entiende usted. Entre esa gente se hallaban Astun Pellman, Lilliam Pinkham, Grant Mulware, Dean Fenwick… y muchos otros.

—Muy bien. ¿A qué llama usted «rapiñas brutales»?

—Como usted bien sabe, el principal objetivo de todo político, aparte del poder personal que pueda conseguir, es adquirir cuantas más riquezas mejor, para lo cual recurren a procedimientos generalmente deshonestos, pues convendrá conmigo en que los emolumentos de quienes se dedican a servir a la nación no son excesivos. Sin embargo, todos aquellos que en un momento u otro se instalan en el poder, se retiran ricos. ¿Me comprende usted?

—Desde luego. Eso es simple corrupción que parece inevitable. Podredumbre resultado de la codicia y la ambición.

—Exactamente. Pero cuando la… codicia y la ambición sobrepasan ciertos límites podemos decir que se producen las rapiñas brutales. Digamos que las rapiñas brutales serían las riquezas acumuladas utilizando la imagen del Gobierno pero haciendo cosas que, ciertamente, no haría el Gobierno de los

Estados Unidos de América, al menos oficialmente, como postura nacional. Por ejemplo, el Gobierno de los Estados Unidos de América no podría jamás apoyar oficialmente la masacre de un pueblo africano al que se despojaría de toda riqueza material ya existente y al que se sometería a la explotación por parte de un par de multinacionales. ¿Está de acuerdo con esto?

—Por supuesto.

—Sin embargo, cosas como ésta han sucedido: pueblos masacrados por mercenarios que se lo llevaban todo y dejaban el país en tales condiciones que las multinacionales colocaban en el poder cabecillas adictos que les facilitaban la explotación del país: minas de oro, de diamantes, riqueza forestal o petrolífera… Todas estas cosas, naturalmente, producen unas riquezas inmensas, que eran atraídas hacia Estados Unidos. Pero no sólo esto, sino «negocios» interiores de enorme suciedad y grandiosos beneficios. Tan grandiosos, que muchas veces, los personajes en el poder que habían participado en la corrupción tenían que ocultar completamente esas riquezas que iban adquiriendo. No era suficiente enviarlas a Suiza, por ejemplo, por que como usted sabe, la CIA podía descubrir esas cuentas, esos depósitos de dinero o de lo que fuese…, bien entendido que debía de haber personajes de la CIA que participaban en ello, pero no la CIA propiamente dicha, es decir, los hombres que trabajan para la CIA, sino los que se benefician de estar integradas en la CIA. Del mismo modo que el Gobierno de los Estados Unidos podía ser digamos decente en líneas generales pero tener en su seno auténticos canallas que se aprovechaban de su posición en el poder… Estoy seguro de que usted me entiende.

—Sin duda. Usted me está hablando de personas que, utilizando su posición en el poder, rapiñaba enormes riquezas que, por supuesto, mantenían ocultas. Pero no ocultas en bancos suizos o establecimientos o entidades similares, ya que de hacerlo así se corría el riesgo de que organismos de investigación oficiales, como la CIA o el FBI llegasen a enterarse y esas personas se viesen en el trance de tener que dar explicaciones a su propio Gobierno. Esto aparte también creo entender que esas grandes riquezas que conseguían tan canallescos personajes provenían de acciones no sólo deshonestas… sino muchas veces cruentas, criminales ciento

por ciento. ¿Se trata de esto?

—Sí. Entonces, claro, todos se iban encontrando con el dilema de ocultar sus riquezas a los otros personajes del poder que, o bien eran más o menos honestos y no intervenían en asuntos criminales, o bien no habían sido admitidos en esos… negocios fabulosos y por tanto, claro, podían protestar y exigir una parte. Es decir, que esas grandes riquezas tenían que mantenerse muy bien ocultas y ser sólo utilizadas cuando uno de los personajes que se iban adhiriendo al grupo inicial necesitase dinero. Mientras tanto, las riquezas se iban acumulando, en forma de lingotes de oro y piedras preciosas principalmente, y así, año tras año a partir del final de la Primera Guerra Mundial, se fue incrementando ese tesoro que alguien, al cabo del tiempo, denominó en clave con las iniciales P. T., es decir, Particular Treasure.

La anciana contemplaba incrédula y tensa a su interlocutor.

—¿Quiere usted decir que desde hace más de sesenta años, personajes canallas han estado acumulando riquezas particularmente, no sólo cometiendo crímenes sino escamoteando esas riquezas al Tesoro de los Estados Unidos?

—Exactamente. Nosotros nos enteramos de ello de una manera absolutamente casual hace más de veinticinco años, pero éramos muy jóvenes, no sabíamos qué hacer con la información que habíamos conseguido, y, además, francamente, teníamos un miedo horrible. Nosotros sabíamos que tan sólo con que los integrantes del P. T. se enterasen de que estábamos al corriente del asunto podíamos considerarnos hombres muertos. La magnitud de su poder era sobrecogedora, formaban… un clan implacable que podía organizar, si lo deseaban, el exterminio de cualquier país… Santo Dios, ¿qué habríamos podido hacer nosotros contra semejante poder?

—Denunciarlo.

—¿Y si lo denunciábamos a alguien que pertenecía o servía a ese poder? —intervino Lucas.

La anciana lo miró, como alucinada, y asintió con la cabeza. Estuvo casi un minuto contemplando algunas flores que tenía ante ella, de bellísimo colorido.

De pronto, miró de nuevo a Samuel.

—¿Cuánto calculan ustedes que pueden haber acumulado esa

gente durante tantos años? —murmuró.

—Se lo diré de este modo: ríase del tesoro de Fuerte Knox.

—Ahora sí que me apetece tomar un trago… ¡Y no de refresco!

—Me pregunto —dijo Gordon Masterson— por qué el vodka no puede admitirse con hielo y en cambio el *whisky* sí.

—Pues tiene usted razón —admitió Brigitte, contemplando el vaso de *whisky* con hielo del cual acababa de beber un sorbo—… Verdaderamente, tendríamos que encontrarle una explicación a eso. Quizá todo se reduzca a que todos en el fondo somos un poco esnobs. Por ejemplo, yo debí de oír alguna vez, quizás en la mismísima Rusia, que el vodka se debe beber muy frío, pero no rebajándolo con hielo, y convertí esto en un… ingrediente más de mi «cultura». En cualquier caso, admitirá usted que el vodka está más bueno frío que con el hielo dentro.

—Eso también es verdad —sonrió Masterson. La anciana asintió.

Se hallaba ahora sentada en un confortable sillón del salón, con el vaso en una mano y un cigarrillo recién encendido en el borde del cenicero. Sentados frente a ella en otros sillones y en el sofá, los cuatro insólitos personajes cuyos nombres completos por el momento no tenían mayor importancia, la miraban como fascinados. Masterson, de pie, insistía en beber vodka. Detrás de él estaba el ventanal en el cual el sol poniente parecía provocar un rojo incendio bellísimo en el que destacaban los bellos trazos de las buganvillas y sus colores ahora más resplandecientes.

The Forest. O sea, que ya estaba allí, en el centro del asunto, como solía ocurrirle. Frankie tenía razón: ella atraía cualquier cuestión, por exótica que fuese, o era atraída por dicha cuestión. Fascinantemente sorprendente. Le gustó el tándem de palabras: fascinantemente sorprendente. Sonaba bien.

—Es decir —dijo de pronto—, que tenemos en Estados Unidos un grupo de señores cuya riqueza global y oculta es superior a la que contiene el mítico Fuerte Knox, es decir, toda la reserva de oro de los Estados Unidos.

—Sin la menor duda —asintió Daniel.

—Lo cual, admítanlo ustedes, es una barbaridad.

—Ya sé que lo razonable es dudarlo —dijo Samuel—, y por eso queremos encontrarlo. Hasta ahora hemos estado interrogando sobre el paradero de ese P. T. a cuatro desgraciados, pero era la

única pista que teníamos, y databa de hace veinticinco años, de cuando también nosotros nos movíamos en el ambiente gubernamental y nos enteramos del asunto. En aquel tiempo supimos que de un modo u otro, esas cuatro personas, y otras que tenemos en la lista, estaban relacionadas con el asunto, pero sólo hasta ahora hemos comprendido que no formaban parte de los «propietarios», sino de los… sicarios utilizados. Gracias a esto, y manteniendo la boca cerrada y por supuesto prestando servicios siempre que se los pedían, esas personas han estado viviendo y algunas siguen viviendo como reyes. Pero no son los Amos, sólo sicarios.

—Y ustedes quieren encontrar, o bien un sicario que les informe del nombre de algún Amo al cual interrogar, o bien a un Amo al cual interrogar directamente sobre el lugar donde se halla depositado el Particular Treasure.

—Así es —intervino Masterson—… Por eso, después de cada «interrogatorio» permanecemos cerca del lugar, por si apareciese alguien que pudiera proporcionarnos una pista diferente a las que ya tenemos. Vivimos con la esperanza de que los Amos del P. T. inicien alguna investigación o, de alguna manera, movilicen a alguien a quien podamos capturar y «convencer» de que nos diga el nombre de algún Amo.

—Sí, ya comprendo. Pero… ¿qué tenía que ver Brigitte Montfort con todo esto?

—De la señorita Montfort ansiábamos sus magníficos servicios profesionales —dijo Josuah—. Tuvimos la idea cuando apareció en Pensacola, pero antes que nada debíamos asegurarnos de que no era de la CIA, por las razones que le hemos expuesto. Y naturalmente, también debíamos asegurarnos de que ella era digna de intervenir en esto, ya que, pese a que el prestigio personal de la señorita Montfort está en lo más alto de los valores humanos, nunca se sabe por dónde puede surgir la sorpresa.

—Tienen razón —sonrió la anciana—: siempre hay que asegurarse muy bien de todo. Bueno, indudablemente ustedes están tan convencidos de que su misión es benefactora que no dudan en asesinar.

—¿Asesinar? ¿A quiénes hemos asesinado? ¡Solamente a sicarios de esos personajes criminales y corruptos que deben de haber

cometido infinidad de masacres y violaciones de todos los derechos humanos, sociales y gubernamentales! ¡Mierda! ¡Eso no es asesinar! Y si es asesinar, pues de acuerdo, somos asesinos. ¿Y qué?

—Asesinos en estado de gracia —sonrió de nuevo la anciana.

—¿No lo ve usted así? —Refunfuñó Samuel—. Esa gente son mucho más asesinos que nosotros, y viven como grandes personajes dedicados al ser vicio de su país y de la Humanidad entera… ¡Y maldita sea, no son más que asesinos en estado de gracia, por culpa de la ignorancia del pueblo y del propio Gobierno de los Estados Unidos!

—Y ustedes quieren ese tesoro superior al de Fuerte Knox para ponerlo a disposición de la UNICEF, la Organización Mundial de la Salud, y organismos similares.

—Sí.

—Es una de las cosas más fantásticas que he oído en mi vida. Pero pienso ayudarles a conseguirlo.

—Entonces, realmente… ¿usted no es una imperialista al servicio incondicional de la CIA?

—De la CIA tal vez, y de un Gobierno, por supuesto, pero no de quienes utilizan a una y a otro.

—Es decir, que nuestro temor por la intervención de usted o de alguien como usted, pero al servicio de los Amos, estaba injustificado.

—Está injustificado en mi caso, desde luego. Veamos… Claro, es comprensible ahora… Me refiero a que todas las personas… ejecutadas hubieran estado en niveles más o menos importantes del poder o al servicio del poder hace veinticinco años. Como ustedes mismos, y por eso ustedes conocen a esas personas… ¿Saben qué idea había estado dando vueltas y vueltas en mi cabeza durante los últimos días?

—¿Qué idea?

—Aquí, en Estados Unidos, ocurrió algo muy importante precisamente hace veinticinco años. ¿Lo recuerdan?

Hubo unos cambios de miradas, y por fin los cinco hombres movieron negativamente la cabeza. La anciana bebió otro sorbo de *whisky*, y tomó el cigarrillo del cenicero.

—El asesinato del presidente John Fitzgerald Kennedy —susurró.

—Santo Dios —jadeó Daniel—… ¿Qué está tratando de decir?

—Digo que se me ocurrió que estos asesinatos cometidos en personas de cierta importancia entonces podían estar de algún modo relacionados con el asesinato del señor Kennedy.

—¡Pero esto es perfectamente posible! —Se puso en pie de un salto Lucas—. ¡Tal vez una de las causas que determinó el asesinato de Kennedy fue que él sabía lo del P. T. y quizá tenía intenciones de arrebatárselo a los Amos…!

—Bueno, bueno —alzó una mano Baby—, no nos dejemos arrastrar por la imaginación. Y además, otra cosa: ¿están ustedes seguros de que realmente existe ese Particular Treasure?

—No sólo estamos seguros de que existe, sino que sabemos que está custodiado por alguna de las fuerzas armadas o de seguridad de los Estados Unidos. Claro está, de un modo encubierto. Quiero decir que esas fuerzas armadas están en ese lugar, sea cual sea, aparentemente por otro motivo, pero, aun sin saberlo ellas mismas, están custodiando el P. T.

—Lo cual significaría que uno o varios de los Amos es un militar de alta graduación.

—Siempre ha habido militares de alta graduación en ese grupo —gruñó Josuah.

Baby asintió, y estuvo fumando, pensativa, durante un par de minutos. De pronto, preguntó:

—¿Quién sigue en la lista de ustedes, quién es el próximo personaje a ser interrogado?

—Kenneth Hobbs. Hace veinticinco años era sargento instructor en la Academia Militar de West Point, y por sus manos pasaron jóvenes oficiales que ahora están ocupando muy altos cargos. Es un hombre que siempre supo hacerse querer por sus alumnos, y nos consta que tuvo entonces contactos muy poderosos, y que siempre ha vivido espléndidamente. Es negro.

—Bien. ¿Cuántos personajes más tienen en la lista, además de Hobbs?

—Sólo cinco más. Cuando se acaben nos habremos quedado sin pistas.

—¿Puedo ver esa lista?

Un minuto más tarde, la lista estaba en manos de Baby, que la leyó y movió negativamente la cabeza.

—No conozco a ninguna de estas personas. Pero puedo conocerlas. Les voy a sugerir que dejen este asunto en mis manos durante unos cuantos días. Tal vez un cambio de método ofrezca mejores resultados.

—Si usted pretende visitar a Hobbs —dijo Masterson—, tenga cuidado. Tiene ya casi setenta años, pero es un sujeto muy belicoso y peligroso.

—Lo tendré en cuenta. Y todavía no hemos aclarado el asunto respecto a Brigitte Montfort: ¿qué clase de servicios profesionales concretamente esperaban de ella?

—Se nos ocurrió que si conseguimos obtener algún resultado en todo este asunto ella podría publicarlo en uno o varios de sus artículos: son leídos en el mundo entero, y a estas alturas el prestigio de la señorita Montfort como periodista y como persona la pone a salvo de cualquier sospecha en cualquier sentido.

—Es cierto. Procuraré arreglar también eso.

—¿Arreglar? —Saltó Masterson—. ¡Maldita sea mi estampa, eso ya no tiene arreglo! ¡Ya le he explicado lo que sucedió en aquel taller!

—Sí, pero lo que usted no sabe es que también yo estaba allí, precisamente para ayudar a mi buena amiga Brigitte, y que cuando se produjo el incendio ella y yo escapamos por una ventana. Ella está bien y a salvo.

—Pero… los noticiarios hablan de cuatro cadáveres en el taller…

—Los noticiarios han dicho lo que la CIA ha querido que digan. Y yo soy la CIA, señor Masterson. Sólo tuve que utilizar mis recursos, y las noticias que se facilitó a la prensa en general fueron las que yo dicté.

—¿Tanto poder tiene usted?

—Y eso, sin pertenecer al P. T. —rió la anciana—… ¡Cielos, un tesoro superior a los depósitos de oro de Fort Knox, qué barbaridad! ¿Saben?: es estupendo conocer personas como ustedes, que piensan recuperar todo ese tesoro y hacerlo revertir en la Humanidad, de donde ha sido rapiñado… Bien, creo que ya está todo dicho entre nosotros, por el momento, así que me despido y…

—¿Qué va a hacer usted ahora? —inquirió Masterson.

—Si quiere que le diga la verdad, todavía no lo sé.

—Bueno, no importa. Haga lo que haga, quisiera verlo, quisiera estar cerca de usted… ¿No me permitiría acompañarla?

—No necesito ayuda, señor Masterson: mis Simones…

—¡No estoy hablando de ayudarla, estoy hablando de aprender yo!

—Ah —la anciana parpadeó graciosamente—… Bueno, ¿por qué no? De acuerdo, amigo Gordon: me acompañará.

—Estupendo —sonrió de oreja a oreja Gordon Masterson.

—Sí —sonrió también la agente Baby—; estupendo.

* * *

Kenneth Hobbs tenía sesenta y siete años, y, desde que se había retirado al cumplir los sesenta, vivía en un discreto pero muy acogedor y confortable chalé con piscina y pista de tenis en las afueras de la localidad de Fairmont, en el estado de West Virginia. Es decir, no demasiado lejos de la Academia de West Point, a fin de cuentas, considerando que con su Mercedes de importación podía recorrer los quinientos kilómetros en media jornada, y tomándose las cosas con calma.

Pero no parecía que Hobbs, que se había retirado con el grado de mayor, tuviera grandes deseos de visitar la Academia, ni más preocupaciones en la vida que pintar. Y pintaba bien. Prácticamente cada día se dedicaba a ello, ya fuese buscando algún lugar por los alrededores o desde su propio jardín, donde especialmente conseguía cuadros de flores que eran auténticas filigranas que parecían de un mundo de maravilla.

Y eso estaba haciendo precisamente Kenneth Hobbs aquella mañana cuando llegó la rubia y hermosísima señorita a su casa. Fue recibida por Amy, la mujer que cuidaba de la casa y de las necesidades de Hobbs desde las once de la mañana a las cinco de la tarde; a las cinco, Amy regresaba a su casa, y el mayor Hobbs quedaba en la más estricta soledad…, que era como a él le gustaba vivir, por otra parte.

Amy escuchó a la rubia visitante, quedó convencida, por la persuasión de ésta, y la acompañó al jardín de atrás, donde se hallaba Hobbs inmerso de tal modo en su creación pictórica que tardó no menos de un par de minutos en darse cuenta de que había

alguien junto a él, contemplando su trabajo, cosa que le molestaba. Así que, convencido de que era Amy, se volvió, mascullando:

—Te he dicho muchas veces…

Se calló. Su mirada saltona recorrió en un instante aquel cuerpo espléndido, pletórico de vida, de dorada epidermis.

Finalmente, quedó fija en los verdosos ojos de la desconocida, que sonrió y dijo:

—Buenos días, mayor Hobbs. Soy Lili Connors.

—No la conozco —gruñó Hobbs.

—Eso ya lo arreglaremos. Pinta usted unas flores muy bonitas…, más que bonitas: yo diría que son peculiares.

—Lo peculiar es siempre la mirada del artista, que descubre no sólo realidades que a otros le pueden pasar desapercibidas, sino sugerencias de nuevas posibles realidades.

—Zambomba —sonrió de nuevo Lili Connors—, qué prodigiosa manera de expresarse. Evidentemente, mayor Hobbs, es usted un artista.

—Sí, lo soy. ¿Qué es usted?

—Espía.

Hobbs parpadeó, inicialmente incrédulo, desconcertado acto seguido, evidentemente intrigado a continuación.

—¿Trabaja para la CIA? —inquirió.

—No debe usted simplificar tanto las cosas. En los Estados Unidos hay muchos otros organismos que disponen de… agentes investigadores… peculiares. Tan peculiares como sus flores.

—Nunca he tenido tratos con espías. Y no se me ocurre qué puede querer usted de mí… Usted o quien la haya enviado, claro está. ¿Quién la ha enviado?

La señorita Connors no contestó. Abrió su bolso de bandolera, sacó un sobre, y lo tendió a Hobbs. Éste, cada vez más interesado, tomó el sobre, lo abrió, y sacó las fotografías, que correspondían a cuatro personas, tres hombres y una mujer. Las miró detenidamente, y por fin miró de nuevo a Lili, que preguntó:

—¿Conoce a esas personas?

—No.

—Las cuatro han sido asesinadas, durante los cuatro últimos meses; a razón de una por mes. Y ello porque no quisieron revelar nada respecto al P. T. Usted me entiende, ¿verdad, mayor Hobbs?

La fijeza de la mirada de Hobbs era hipnótica, parecía que sus ojos y su expresión hubiesen quedado congelados. De pronto, reaccionó, y adelantó impetuosamente un paso hacia Lili, que alzó una mano.

—Le sugiero que se tranquilice —recomendó—. Tengo dentro del bolso una radio abierta por medio de la cual un amigo está escuchando nuestra conversación, y, precisamente al oír estas palabras, va a dejarse ver por usted, para hacerle entender que debe controlarse.

Como la de una fiera acorralada, la mirada de Hobbs efectuó varios movimientos, hasta localizar, apareciendo por un lado de su casa, al atlético y rubio desconocido, que hundió la mano derecha en su axila izquierda, en un gesto harto expresivo y revelador.

La mirada de Hobbs regresó a la rubia.

—¿Quién demonios es usted? —mascculló.

—Ya le he dicho que soy una espía y que me llamo Lili Connors. Por el momento, lo dejaremos así. Supongo que usted no sabe que estaba el siguiente en la lista de asesinatos… Quiero decir que si yo no hubiera finalmente intervenido en este asunto usted habría sido asesinado a primeros del próximo mes de noviembre…, a menos que se hubiera mostrado razonable proporcionando alguna pista respecto al paradero del Particular Treasure.

—Ni siquiera sé de qué está hablando.

—Matarlo a usted no tiene ningún mérito ni interés, así que intentaré obtener mejores resultados que los anteriores asesinos en estado de gracia.

»Le voy a dejar un recado, mayor Hobbs…, a menos que usted sepa dónde está el P. T. y tome le sensata decisión de informarme de ello. ¿No? Muy bien, este es el recado: quiero una entrevista con uno de los Amos del P. T., así que informe de ello a quien corresponda.

—Le repito que no sé de qué está hablando.

—Le voy a dejar esta radio —Lili sacó el pequeño aparato del bolso y lo tendió a Hobbs—, para que me llame por medio de ella cuando tenga alguna respuesta que comunicarme, tras lo cual concertaremos la entrevista con la persona o personas que sean lo bastante inteligentes para comprender la situación: si yo no obtengo esa entrevista voy a organizar tal investigación a todos los niveles

adecuados de la nación que será lo mismo que destapar un enorme cesto lleno de… excrementos. ¿Me comprende usted, mayor?

—Usted está loca.

—Dígales a los Amos que solamente les concedo veinticuatro horas de plazo para ponerse en contacto conmigo. Me encantan sus flores, de veras… Me pregunto si sería tan amable de venderme un cuadro como ese que está pintando. Aunque sería mucho más simpático por su parte regalármelo: a fin de cuentas, si usted va a vivir algún tiempo más es gracias a mí.

—No tengo la menor intención de venderle ningún cuadro, y menos, regalárselo.

—Ya me advirtieron que no era usted precisamente simpático —sonrió Lili Connors—. Recuerde, mayor: veinticuatro horas.

Como si de repente Kenneth Hobbs dejase de existir, la rubia señorita Connors le dio la espalda, y se encaminó apaciblemente hacia donde la esperaba el rubio atleta, contemplando y oliendo las hermosas flores del jardín de Kenneth Hobbs. Se reunió con Gordon Masterson en la esquina de la casa, cruzaron el breve jardín de césped de la parte de delante, y fueron a acomodarse en el coche que habían dejado junto al bordillo. Lili tendió la mano, y Masterson puso en ella la pequeña radio con la que había estado escuchando. Lili cerró la radio, y preguntó:

—¿Ha aprendido algo?

—Me parece que sí: a tratar a los negros como se merecen.

La hermosísima rubia se quedó mirándolo atónita.

—¿Qué dice usted? —exclamó—. ¡Yo no he tenido en cuenta en ningún momento que ese hombre es negro! Lo he tratado con desdén, pero no porque sea negro, sino porque es un sicario, es sólo una pieza pequeña con la que no estoy dispuesta a perder tiempo, eso es todo.

—Creí que lo había tratado así porque es negro.

—Me parece que, en efecto, tiene usted muchas cosas que aprender de mí, Gordon. Pero no nos apresuremos, ya tendrá tiempo. Ahora vamos a buscar un lugar agradable donde esperar la llamada por radio del mayor Hobbs.

—Quizás él no haga absolutamente nada.

—Ah, sí, claro que sí hará algo… Tenga por seguro que él comunicará el estado de la cuestión a quien corresponda, supongo

que a algún intermediario de más nivel que él, quien a su vez, de un modo u otro finalmente hará llegar mi mensaje a los Amos. Éstos podrán reaccionar o no, pero puede estar seguro de que Hobbs sí va a pasar la información.

—¿Y si los Amos no aceptan esa entrevista con usted?

—Querido Gordon, los canallitas de baja estofa son imprevisibles, una nunca sabe qué tontería se les va a ocurrir en cualquier momento; pero lo que menos podemos pensar de los Amos es que son de baja estofa, y, por lo tanto, tampoco son tontos. De modo que me llamarán. Y muy pronto.

—Tal vez lo hagan…, pero le enviarán como contacto a cualquier sicario un poco más importante que los demás.

—Nada de eso. Ellos saben perfectamente que algo está sucediendo… ¿Cree que no se han enterado de los asesinatos de Pellman, Mulware, Pinkham y Fenwick, y que no han comprendido lo suficiente del asunto para comenzar a sentir una considerable inquietud?

—Sí, supongo que se han enterado, claro.

—Téngalo por seguro. Y alguna preocupación deben de sentir, ¿no? Para empeorar las cosas, una espía se presenta a otro de los sicarios de la lista a torturar y le dice que quiere saber dónde está el P. T., lo cual indica claramente que sabe qué es el P. T. y que está decidida a buscarlo. Póngase en lugar de los Amos: ¿dejaría usted en manos de sicarios más o menos torpes o más o menos listos la solución a este problema…, o haría todo lo posible por asegurarse de que va a ser solucionado del mejor modo y cuanto antes?

—Haría esto último, desde luego.

—Pues el mejor modo de conseguir exactamente lo que deseamos es hacerlo nosotros mismos. Incluso los Amos saben que de cuando en cuando no les queda más remedio que dar la cara. De modo que me llamarán. Y le diré más: lo harán antes de que hayan transcurrido un par de horas.

Efectivamente, así fue. Apenas hora y media más tarde, cuando Lili Connors y Gordon Masterson estaban consumiendo unos bocadillos dentro del coche, sonó la llamada en la pequeña radio, que la rubia espía tenía al alcance de la mano. Atendió inmediatamente la llamada.

—¿Sí, mayor Hobbs?

—Quieren verla a usted —sonó metalizada la voz de Hobbs.

Masterson, que había puesto cara de incredulidad, alcanzó el cenit de su pasmo al escuchar la respuesta de la espía:

—Nada de eso, mayor. Soy yo quien quiere verlos a ellos, no ellos a mí. Yo no acudo a una llamada de nadie, sino que son ellos quienes aceptan mis condiciones para intentar resolver este asunto a gusto de todos.

—Ellos habían pensado recibirla a usted en un yate, pero si no le gusta esto, diga qué es lo que quiere usted.

—¿Qué yate es ese y dónde está?

—No tengo ni idea ni de una cosa ni de otra. Lo que sé es que la recogerían a usted en un helicóptero en el cruce de las carreteras 15 y 33; eso está en el estado de Virginia. ¿Puede estar usted allí a las dieciséis horas?

—Un momento, que consultaré un mapa.

Gordon Masterson ya lo estaba desplegando. Localizaron el lugar, calcularon la distancia que tenían que recorrer en automóvil, y Brigitte volvió a utilizar la radio:

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Sí. Comenté que a usted le habían gustado mis cuadros, y me han ordenado que le regale un par… ¿Adónde se los envío?

—A ninguna parte, porque ya no los quiero: reflexionando detenidamente sobre lo que vi he llegado a la conclusión de que es usted un artista mediocre que utiliza mal los colores y las formas, y eso siempre es chocante. Tal vez acepte algún cuadro de usted cuando aprenda a pintar.

Lili Connors cortó la comunicación, y Masterson logró por fin salir de su pasmo y soltó una risita.

—Tiene usted más narices que un elefante —dijo—… No es nada fácil tratar con usted, la verdad.

—Las personas que tienen dificultad para tratar conmigo son personas que no merecen tratar conmigo. Pongámonos en marcha.

Capítulo VI

A las cuatro en punto de la tarde apareció el pequeño y veloz helicóptero, que se posó en un campo junto al cruce de las carreteras 15 y 33, tal como se había convenido. Brigitte y Masterson, que habían estado esperando fuera del coche, a la sombra de un pino, se dirigieron inmediatamente hacia el aparato, a cuyos mandos había solamente un hombre, que saltó para recibirlos.

—Me hablaron solamente de una pasajera —dijo.

—Él viene conmigo —dijo Lili Connors—. Y no hay más que hablar.

El piloto no contestó. Esperó a que sus pasajeros subieran al helicóptero, lo hizo él, e inmediatamente levantó el vuelo.

No hubo conversación durante el viaje, que duró apenas una hora; antes de transcurrido este tiempo ya habían divisado las agrisadas aguas de Cheasapeake Bay, donde desembocaba el Potomac River, y, algo más al sur, el Rappahanriock.

El formidable yate navegaba hacia el sur por la bahía, entre ambas desembocaduras. Medía no menos de ciento cincuenta pies de eslora, era totalmente blanco, y su poderío y autonomía eran tales que lo convertían en un auténtico palacio-fortaleza. Había varios marineros en cubierta, y algunas personas esperando en popa, a donde fue a posarse el helicóptero sin que, por supuesto, el yate hubiera dejado de navegar. Lili Connors y Masterson saltaron del aparato, cuyas alas fueron plegadas y luego empujado hacia su ubicación a la espera de prestar nuevos servicios.

De las varias personas que esperaban en popa, un hombre de unos cincuenta años, muy atractivo, de largos cabellos grises y ojos oscuros, se adelantó hacia la espía, contemplándola con curiosidad y, al parecer, un tanto divertido.

—Señorita Connors, encantado de tenerla a bordo. Soy Neville

Duncanford, propietario del barco. ¿Ha tenido buen viaje en helicóptero?

—Sí, muchas gracias. Es usted muy amable, señor Duncanford. Le presento a Gordon Masterson, un… colaborador.

—Ya. ¿Qué tal, señor Masterson?

—Pasmado —murmuró Gordon—… Creí que los yates como éste sólo existían en fotografías.

—Es una simpática opinión. Vengan, por favor: algunas personas les están esperando.

Eran las cinco y dos minutos de la tarde cuando la señorita Connors y su «colaborador» entraban en el fastuoso salón del yate. A Masterson casi se le salían los ojos de la cara contemplando tanto lujo y confort. Era todo, efectivamente, como una película desorbitada; pero, desde luego, del primero al último detalle revelaba no sólo riqueza, sino un gusto exquisito. No un gusto de tipo personal, familiar, sino las exquisiteces de los grandes profesionales de la decoración y la acumulación de riquezas artísticas.

En el salón había cinco hombres más, de diversas edades, desde uno de alrededor de treinta y cinco años hasta un anciano de casi ochenta, de blancos cabellos largos y azules ojos de soñador…, pero que contemplaron con gélida expresión a Lili Connors. En las demás personas destacaba, básicamente, la curiosidad y un cierto escepticismo. Eran algo así como niños visitando un zoológico en el que les habían asegurado que había especies jamás vistas.

—No se levanten, por favor —dijo con seca ironía Lili Connors —: ya estoy acostumbrada a tratar con personajillos de mala educación y poca categoría.

—Usted —dijo el anciano de los largos cabellos, con voz lenta y algo cascada— es Brigitte Montfort, la agente Baby de la CIA, pero si espera impresionarnos a nosotros está perdiendo el tiempo: podemos pulverizarla en menos de un segundo.

Brigitte le sonrió a Masterson, que ante lo que acababa de oír casi había caído sentado en un sillón, y buscaba con expresión desorbitada algún indicio que le confirmase que, en efecto, Lili Connors y Brigitte Montfort eran la misma persona…, que también había sido una anciana.

—Ya lo ve, Gordon —dijo la espía—: hemos cometido un tonto

suicidio al venir a este yate. Dentro de un segundo estaremos pulverizados.

—Pero usted es… Él ha dicho que usted es…

Brigitte le hizo un gesto amable pidiéndole silencio, y miró al anciano de los blancos cabellos.

—¿Y usted quién es, señor? —inquirió.

—Washington Tremeine. Usted habrá oído hablar de las Tremeine Industries. Material de guerra.

—Ah, sí. Pero dígame… ¿no hay aquí nadie más importante que usted…, quiero decir de verdad importante para hablar conmigo?

—¿No le parezco suficiente importante para usted?

—Si usted fuese importante, señor, no arrastraría su inteligencia por el suelo al rebajarse a hacer amenazas. A las personas como yo, señor, se las mata sin más explicaciones o se las escucha con el debido respeto… y atención.

—Usted no tiene nada que decir que merezca nuestra atención.

Brigitte estuvo unos segundos mirando fijamente al anciano. Luego, fue mirando de uno en uno, lentamente, a los demás personajes. Por fin, se sentó en un sillón, encendió un cigarrillo, y dijo:

—En ese caso, escuchemos qué tienen que decir ustedes que merezca la mía. Porque si me han hecho venir sin intenciones de escucharme es para decirme algo a mí, ¿no? Adelante, les escucho.

—Al parecer —dijo Neville Duncanford— usted tiene muchos y buenos amigos en diversas esferas…, incluso en la nuestra. La sentencia de muerte propuesta contra usted fue, por el momento, desestimada. Existe un manifiesto deseo de que usted siga viviendo, señorita Montfort.

—Todo esto significa que algunas de las personas a las que yo llamo Amos del Particular Treasure son amigas mías, gente de la que yo nunca he sospechado nada parecido, pero que pertenecen a su grupo.

—Evidentemente. Vamos, la mente de usted es lo bastante amplia para comprender que un grupo de esa categoría no puede funcionar si no cuenta con personajes de todos los más altos niveles de la nación. Por ejemplo, tal vez nuestro actual presidente, el señor Reagan, no pertenezca al P. T., pero pudo haber pertenecido su antecesor, o algún otro presidente, cuyas amistades y familias han

ido… consolidando esta situación. Digamos que, pase lo que pase, los del P. T. tendremos siempre garantizada la supervivencia a muy alto nivel…, siempre y cuando, claro está, la supervivencia sea una cuestión económica. Comprenderá usted que no vamos a abrir la mano y dejar escapar la seguridad para siempre de nosotros y nuestras familias. Podemos admitir, y así lo vamos haciendo hace tiempo, que de cuando en cuando un presidente de los Estados Unidos no sea de los nuestros, así como muchos políticos, militares, economistas, sociólogos… No pretendemos acaparar el poder público, porque ese poder podría… esfumarse en algún momento debido a circunstancias ajenas a la vida interior de los Estadas Unidos. Por ejemplo: Rusia podría algún día invadir nuestro país, someterlo, y en con secuencia hacerse cargo de todo el poder público, militar, político, religioso, etcétera… Y naturalmente, nosotros no habríamos de cometer la torpeza de pretender comprar posiciones de privilegio a los rusos ofreciéndoles parte de nuestro P. T., pues entonces se lo quedarían todo. Usted ya está comprendiendo que, al margen del mayor o menor poder político que podamos tener en nuestro grupo, nos interesa, más que dicho poder, la seguridad de que NUNCA nos ha de faltar el poder económico. Incluso, si en determinado momento la presidencia del país o las iniciativas del Pentágono no eran de nuestro gusto, con dinero podríamos iniciar un… cambio de situación neta mente favorable a nosotros. Y lo mismo mantendríamos nuestra seguridad y nuestro confort de vida si los rusos ocupaban la nación, pues al no depender de cargos ni riquezas relacionadas con el poder, seguiríamos viviendo tan… agradablemente como siempre. Por estas y por otras consideraciones, por encima de todo, nosotros queremos conservar el P. T., y para ello estamos dispuestos a todo, absolutamente a todo. Cualesquiera otras consideraciones o propuestas que nos sean hechas por usted o por otras personas no tienen ni siquiera la oportunidad de ser escuchadas. Toleraremos que el presidente del país, o el secretario de Estado, sean personajes ajenos a nuestro grupo, toleraremos guerras de toda clase, dispendios insólitos en viajes a la Luna, a Marte, o a otra galaxia, toleraremos epidemias, masacres, terremotos, enfrenamientos de toda clase, guerras civiles…, lo toleraremos todo, señorita Montfort, menos que alguien pretenda arrebatarnos nuestro Particular

Treasure… ¿Me he explicado?

—Perfectamente —asintió Brigitte—, y debo decirle que no es usted en absoluto original, señor Duncanford: la codicia y la implacabilidad de gentes como ustedes, que prescinden del resto de la Humanidad, ya son viejos conocidos míos. Me he jugado muchas veces la vida contra ellos…

—Usted es de un romanticismo realmente increíble —intervino uno de los personajes hasta ahora silenciosos, un hombre de algo más de cincuenta años, delgado, elegante, de aspecto inteligente y noble—… ¿Cómo ha podido hacer esa tontería de jugarse la vida por otras personas? Ahora mismo, por ejemplo: ¿cómo se le ha ocurrido pensar que usted va a sobrevivir a esta entrevista?

—¿Tienen pensado lo contrario?

—Tal vez.

—Yo no he venido aquí a escuchar vaguedades, sino a darles una orden.

El pasmo fue total. Todos los hombres allí reunidos se quedaron mirando atónitos a la rubia señorita Connors, y más que nadie Gordon Masterson, que había comprendido perfectamente todo el grandioso poder que podía movilizar a su favor el grupo del P. T. Podían incluso, si así lo deseaban, provocar una guerra civil, o cambiar el Gobierno de la Nación. Aquel grupo era, en realidad, mucho más poderoso que la persona del presidente de los Estados Unidos, porque éste, al menos en teoría, tenía que escuchar muchas versiones y complacer a muchas personas, grupos, partidos e intereses de todas clases, mientras que el P. T. solamente tenía una consigna a la que aplicar toda su descomunal fuerza: sobrevivir en la opulencia sin tener en cuenta más intereses que los suyos propios… Masterson se dio perfecta cuenta de que se hallaban en un callejón sin salida, en una trampa total.

—¿A darnos una orden? —Saltó otro opulento personaje—. Usted sin duda está un tanto… perturbada. Todo lo que tenemos que hacer es eliminarla, y las pequeñas molestias que usted podría ocasionar desaparecerán con usted.

—¿Y qué me dice de mis amigos?

—¿La CIA? ¡Bah! Tenemos dentro de la CIA personajes de tanto nivel que…

—No estoy hablando de la CIA, sino de mis amigos de todo el

mundo.

—¿Qué amigos?

—Espías y aventureros del más alto nivel, que pueden ser convocados por un solo hombre que dedicaría el resto de su vida a asesinarlos a todos ustedes. Dispongo, además, de mi propia organización, la L. O. U., en cuyas filas hay personas de tal envergadura en las diversas actividades del ser humano que juntando sus iniciativas conseguirían en poco tiempo trazar un plan que convertiría en basura todo el grupo de ustedes…

—Ni siquiera sabrían por dónde empezar —rió Washington Tremeine.

—Podrían empezar por este yate.

—Nadie sabe que está usted en este yate. Nadie sabe nada de nosotros.

—¿Usted realmente cree que yo fui a visitar a Kenneth Hobbs sin organizar un plan de operaciones a largo plazo que podía abarcar incluso todo el territorio de los Estados Unidos? ¿Realmente cree usted que yo he venido a este yate igual que un ratoncito que acude a comerse el trozo de queso de una trampa? Dejando aparte el hecho de que tenía la esperanza de encontrarme con personajes de más categoría mental… ¿cree que veinticinco años de espionaje no me han servido de nada? Si yo doy una orden, más de quinientos hombres especiales comenzarán a buscar en los Estados Unidos a todos los miembros del P. T., los irán encontrando, y los irán degollando, uno a uno, empezando por los niños y terminando por los ancianos…, o al revés. Porque hacer eso, señor Tremeine, sería una obra benefactora, sería lo mismo que exterminar todos los nidos de todos los escorpiones del país. ¿Me he explicado, señor?

—Usted está intentando proteger su vida con argucias absurdas. Usted está mintiendo.

Lili Connors alzó las cejas, movió la cabeza, y, acto seguido, del bolso sacó la pequeña radio de bolsillo que, según podía pensarse, sólo la comunicaba con Hobbs. Con un diminuto punzón, Lili desplazó unas pequeñas placas determinantes de la onda, y acto seguido efectuó la llamada.

—¿Sí? —Sonó en el acto una voz masculina.

—¿Todo está en orden?

—Desde luego. Tenemos localizado el yate tras seguir por el

sistema acústico al helicóptero, y ya he dado la orden para que se inicien las investigaciones en torno a su propietario y a todas cuantas personas se relacionen con él de un modo u otro. ¿Estás bien?

—Perfectamente. Volveré a llamarte dentro de una hora. Si no lo hago, hunde el yate y sigue con lo demás, termina con todos, encuentra ese T. P., y ya sabes cuál es mi deseo respecto a su destino.

—Todo está previsto. Ten cuidado. Los granujas son todos granujas, no hay granujas «de categoría».

—Me estoy dando cuenta de ello. Hasta dentro de una hora.

Cortó la comunicación, guardó la pequeña radio, y dirigió la falsa mirada verdosa hacia los congelados ojos azules de Washington Tremeine. El silencio en el salón era pétreo. La luz del sol era bellísima en los amplios ventanales… Gordon Masterson sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente y las manos.

Por fin, Neville Duncanford murmuró:

—Si sus amigos hacen eso, y nosotros recurrimos a los nuestros, se puede producir una auténtica hecatombe en el país, señorita Montfort. Y pagarían muchos inocentes.

—Sí. Pero antes de un año todos ustedes y sus familiares estarían muertos. Yo se lo garantizo, señor Duncanford.

—Esto es absurdo… ¡Es absurdo! Maldita sea, usted está movilizando unos centenares de asesinos incluso contra niños…

—Serían asesinos en estado de gracia. Por otra parte, mi intención al venir aquí era ofrecer una solución que, analizada por una mente inteligente, no podría por menos de parecer altamente satisfactoria para todos. Son ustedes los que han empezado a amenazar y a hacer alarde de su fuerza. Yo puedo no sólo utilizar amigos personales en esto, y muchos, sino hacer venir a Estados Unidos comandos compuestos por centenares de soldados de otros países cuyos presidentes darían orden incluso de tomar la Casa Blanca si yo se lo pedía, costara lo que costara. Ustedes me han desafiado, yo me he limitado a replicarles. Podemos romper las hostilidades ahora mismo…, o tomarnos unas botellas de champán mientras arreglamos el asunto a gusto de todos.

—¿Cuál es su propuesta?

—¿Dónde está el champán? —Sonrió la espía más astuta del

mundo—. Y espero que no se les ocurra envenenarlo… ¡No me gustaría morir sin haber visto ese fabuloso Tesoro Particular!

—¿Realmente desea ir a verlo? —Pareció sorprenderse Duncanford—. ¿Para qué?

—Vaya, qué ocurrencia —se sorprendió a su vez Lili Connors—… ¿Cómo puede sorprenderle que alguien quiera ver un tesoro que duplica el valor del contenido de Fort Knox? ¡Tiene que ser una experiencia inolvidable!

Las miradas de todos los presentes se volvieron hacia el anciano Washingtun Tremeine, que contemplaba con creciente fascinación a la espía. Durante unos segundos, todos tuvieron la impresión de que Tremeine era una vieja tortuga disecada que ni veía ni oía; pero, de repente, el viejo sonrió, y dijo:

—Podemos empezar por el champán, que es indiscutiblemente agradable. Luego, escucharemos la propuesta…

—La orden —cortó Lili.

—La propuesta de la señorita Montfort —insistió Tremeine—. Y si nos parece aceptable tal vez le permitamos contemplar nuestro Particular Treasure. Y he dicho tal vez.

—Tal vez yo les perdone a ustedes la vida —dijo Lili—… Y he dicho solamente tal vez.

—A nosotros, señorita Montfort —dijo otro de los presentes, sonriendo secamente—, siempre nos han gustado las personas con el carácter sólidamente formado. Y según todas las apariencias usted podría perfectamente pertenecer a nuestro grupo. Pero Washington tiene razón: iré a pedir que nos sirvan champán… ¿Su acompañante también toma champán, o sólo agua?

—No es un perro, si es eso lo que ha querido decir —sonrió a su vez Lili Connors—, de modo que también tomará champán. ¿Verdad, Gordon?

Éste desvió su enfurecida mirada del hombre que había hecho el comentario, y asintió con un gesto. El Amo en cuestión sonrió burlonamente, se acercó a un dispositivo de llamada del servicio, y lo pulsó.

Tres minutos más tarde, todos estaban alzando la copa recién servida por los dos camareros que habían acudido prestamente. El yate seguía navegando en una tarde que parecía de oro sobre un mar que parecía de cielo.

—En verdad agradable —chascó la lengua Tremeine, mirando a Lili—… Espero que todas sus ideas sean tan buenas como ésta, señorita Montfort. Vamos a ver: ¿cuál es su propuesta?

—Mi orden es que utilicen este T.P. para saldar la deuda de toda América. Luego, el resto, para ustedes. Al decir la deuda de toda América, me refiero, claro está, a la deuda que tienen todos los países de América Central y de América del Sur tanto con Estados Unidos como con otros organismos o entidades, como podría ser, por ejemplo, el Banco Mundial. Y todos felices.

El pasmo era tal que incluso parecía que el yate había dejado de navegar, que había quedado tan colapsado como las personas que acababan de escuchar las palabras de la divina espía.

Por fin, Neville Duncanford aspiró hondo, y dijo:

—Usted debe de estar loca.

—¿No tienen suficiente dinero para eso? Entonces no debo de haber entendido bien eso de que hay el doble que en Fort Knox…

—¡No me refiero a la cantidad de dinero que hay en nuestras cámaras! —Gritó Duncanford, súbitamente rojo el rostro de la más pura ira—. ¡Me refiero a esa… esa… esa estupidez de regalar la mitad a esos malditos piojosos que…!

—Señor Duncanford, me parece que vamos por muy mal camino —interrumpió con tono amable Lili Connors—. A mí nadie podrá acusarme nunca de ser antipatriota, quiero decir que ante todo soy estadounidense, y esto ha quedado bien claro en muchísimas ocasiones. Pero después de esto, yo diría que casi al mismo nivel, me siento en verdad perteneciente al Mundo, hermana de todos los seres humanos. Así las cosas, podría haber pedido que entregasen todo su P. T. al llamado Tercer Mundo, a ver si conseguíamos algún resultado positivo. Pero tampoco hay que exagerar, y posiblemente ni siquiera con todo su T. P. podríamos arreglar todo el mundo, así que vamos a ver si arreglamos un poco nuestra América… toda América, desde las islas Aleutianas, por ejemplo, hasta la Tierra del Fuego. Claro está, solamente daremos dinero a quien esté en apuros financieros, como por ejemplo, Argentina, Brasil, Ecuador… ¿Me comprenden ustedes? Vamos a suponer que las distintas naciones de toda América son como miembros de una misma familia… ¿Tiene sentido que unos miembros de la familia sean ricos y otros estén endeudados hasta… digamos para el resto de su Historia? ¿Verdad

que no? Por lo tanto, nosotros vamos a repartir un dinerito entre los miembros de la familia que están endeudados, para que paguen sus deudas y se sientan y sean libres. Y a lo mejor, después de esto, esos miembros de la familia americana recién llegados a la libertad consiguen explotar adecuadamente sus fabulosas riquezas, y podría ser que esas riquezas que ahora están reteniendo para que no se las quiten sus acreedores, salpiquen a otros países… Por ejemplo, quizá Brasil y Argentina, en el lado oriental de América, salpicarían con sus riquezas a África, y quizá los países andinos salpicarían hacia Asia riquezas y alegría. Y quizás, a fin de cuentas, conseguida esta libertad y esta pujanza de toda América, podríamos conseguir que el resto del mundo también empezase a salir un poco beneficiado. Tal vez comenzarían a aparecer tantas riquezas en todas partes que la gente no tendría tiempo de hacer la guerra, ocupada en convertir en rico a su país y a sí mismos… No sé si me he explicado.

—Santo Dios —jadeó Gordon Masterson.

—Si no lo han entendido, lo repito —sonrió angelicalmente la señorita Montfort.

—Lo hemos entendido perfectamente —susurró Washington Tremeine—, pero le digo lo mismo que Neville: usted está loca.

—¿Loca? —Saltó de repente el sujeto elegante y estirado—. ¡Hace falta tener la cabeza podrida para pensar que nosotros vamos a regalar a nadie la mitad de nuestro P. T.!

—Bueno, la mitad o un poquito más —insistía en sonreír la señorita Montfort—… He dicho la mitad para que se hagan una idea, pero si hiciera falta un poco más, pues habría que regalar un poco más. Todavía no sé su nombre, señor… señor…

—Cashlemare.

—Señor Cashlemare, le aseguro que mi cabeza no tiene nada de podrida y al mismo tiempo me permito comentar que el nivel de la representación de los Amos del P. T. no me ha satisfecho en absoluto. Ustedes son… vulgares en sus expresiones faciales, verbales y emocionales, pero sobre todo son vulgares en su actitud mental, en su visión de la jugada. Todavía no se han dado cuenta, al parecer, de lo que significan mis palabras: o ustedes obedecen mi orden, o el asunto del P. T. y sus Amos se ha terminado, porque antes de un año yo estaré muerta, pero tampoco quedará ni uno solo de ustedes, ni ascendientes ni descendientes para contarlo. Por

favor, no me pidan que repita esto, pues creo que ha estado bien claro desde el primer momento.

—¡Ya lo creo que ha estado bien claro! —Aulló Cashlemare—. ¡Pero le aseguro que…!

—Cállate —murmuró Tremeine.

—¿Que me calle? ¡Esta chiflada…!

—Cállate, Augustus —insistió con voz más seca Washingtun Tremeine—. Las alternativas no admiten discusiones ni conjeturas, la señorita Montfort lo ha dejado todo muy claro, en efecto. Y lo que vamos a hacer nosotros es efectuar una Consulta Extraordinaria.

—¿Vamos a reunimos los más grandes sólo porque esta mujer…?

—¿Te quieres callar? —Gruñó Duncanford—. En realidad ya sólo se trata de saber si la señorita Montfort está dispuesta o no a esperar un par de días nuestra respuesta definitiva.

—Por supuesto que sí —aceptó Brigitte—. Me gustaría quedarme aquí estos dos días, pero supongo que ustedes van a estar muy ocupados con su… Consulta Extraordinaria. ¿Me permite decirle una cosa, señor Duncanford?

—A estas alturas —frunció el ceño el propietario del yate— no creo que haya nada que yo pueda prohibirle. De todos modos, sí, por favor, diga lo que tenga que decir.

—En lo referente al champán —la espía se terminó su copa lenta y fruiciosamente—… sí tengo que admitir que es de primera categoría.

Capítulo VII

—Pero… ¡esto es increíble! —Pudo reaccionar por fin Samuel—. ¡No podemos creerlo, después de veinticinco años detrás de ese maldito P. T.!

—Por fortuna para mí, estaba Gordon de testigo —sonrió Lili Connors—. ¿Es o no es cierto todo lo que he contado, Gordon?

—Palabra por palabra —sonrió también Gordon Masterson.

Samuel movía la cabeza, y los demás hacían gestos parecidos de incredulidad. La espía los miraba sonriente, chispeantes de malicia sus bellísimos ojos. Se hallaba sentada en el sofá del salón de la casa de los cuatro propietarios de The Forest, fumando un cigarrillo, y terminaba de relatar lo sucedido como si fuese la cosa más natural del mundo. Sentados frente a ella en sendos sillones, Lucas, Josuah, Samuel y Daniel estaban sencillamente aturdidos. En otro sillón, vaso de *whisky* en mano, Masterson los contemplaba también con expresión satisfecha.

—Lo que no comprendo —dijo de pronto Lucas—, es que después de todo esto ellos la hayan dejado marchar a usted. Y a Gordon, claro.

—Ellos saben perfectamente que pueden encontrarme cuando quieran, conociendo mi verdadera identidad. El mundo, que para muchos es muy grande, resulta muy pequeño para ellos, Lucas. Tenga por cierto que cuando a una persona la buscan personas especializadas acaban por encontrarla no tardando mucho. Y en mi caso, todavía más fácilmente, pues soy muy popular. Claro que yo podría esconderme de modo que tardaran mucho en encontrarme, pero no vale la pena que nos compliquemos la vida: todo terminará bien.

—O sea, que harán lo que usted ha ordenado —dijo Daniel.

—Yo creo que sí.

—Pero entonces… nosotros no podremos cumplir con nuestro

objetivo con el que tanto hemos soñado…

—¿Dar dinero a la UNICEF, la UNESCO, la Organización Mundial de la Salud…? Ese problema también lo resolví: mil millones de dólares serán separados del total y entregados a ustedes para que hagan con ellos lo que consideren más conveniente.

—¡Eso no lo sabía yo! —saltó Masterson.

—Ah, es cierto —lo miró amablemente Brigitte—… Lo hablamos el señor Tremeine y yo en un momento en que usted no se hallaba presente. Fue graciosa su respuesta. Dijo: ya no viene de mil millones de dólares.

—¡Pero eso es estupendo! —Se excitó Masterson—. ¡Demonios, usted se las ha arreglado de modo que todo el mundo ha salido ganando!

—Todo el mundo, no, Gordon: usted y sus tres amigos asesinaron a cuatro personas… después de torturarlas.

Gordon palideció.

—¿Qué está tratando de decir? —jadeó.

—Tranquilícese. No pienso tomar ninguna represalia contra usted, y ello porque, a fin de cuentas, las personas que ustedes asesinaron eran también un poquito canallas, ¿no le parece? Ellos habían sido sicarios de los Amos, lo que significa, sin lugar a dudas, que a su manera también habían estado medrando y abusando del poquito poder que tenían. Digamos que no fueron en absoluto honrados, y que seguramente más de un crimen debían de tener sobre sus conciencias… ¿No está de acuerdo?

—Bueno… No sé… Mire, yo soy una escoria de Vietnam, y la vida, empezando por la mía propia, no me merece demasiado respeto…, ¡pero maldita sea, en esta ocasión yo he estado en el bando de los buenos! ¡¿No es así?! Usted misma acaba de decir que las cuatro personas que interrogamos no debían de ser ángeles.

—Claro que no. Tomemos a Hobbs, por ejemplo, que ha alcanzado el grado de mayor al retirarse y después de muchos años de servicio, la mayor parte de ellos nada menos que en la Academia de West Point. ¿Cree que un hombre así no debería haberse retirado con un grado más alto dentro del Ejército? Sin embargo, él se ha retirado de mayor, y seguro que no le importa, ya que la cuestión crematística debe de estar magníficamente solucionada. ¿Comprende lo que quiero decir? Tanto Hobbs, como los cuatro que

ustedes asesinaron…, y muchos otros que todavía andan por ahí disfrutando de la vida, no son más que perros de los Amos, gente asimismo malvada a su nivel, auténticas escorias de la vida que han estado pasando por gente respetable. Tranquilícese pues, Gordon: bien muertos están.

—¡Fiuuu! —Silbó Gordon—. Creí que ahora la iba a tomar conmigo… ¡Y después de ver cómo las gasta usted, francamente, ya me veía en el otro mundo!

—Pues no —rió la espía—, por mí puede continuar en este mundo. A fin de cuentas, tenía usted razón: es un asesino en estado de gracia.

—Estupendo —sonrió de oreja a Gordon Masterson.

—O sea —dijo de pronto Josuah, que había permanecido como ausente—, que nos entregarán mil millones de dólares a nosotros.

—Si prefieren ahorrarse molestias yo misma me encargaré de que esa cantidad sea distribuida conforme a sus deseos.

—Y ellos se quedarán el resto —deslizó Josuah.

—¿Los Amos? Claro. Ese fue el trato… por el momento.

—¿Por el momento? —Exclamó Gordon—. ¿Qué quiere decir?

—Que más adelante quizá se me ocurra alguna otra idea. Los ojos de Masterson casi saltan de las órbitas.

—¿¡Me está diciendo que tiene pensado engañar más adelante a esa gente!?

—Digamos que, por el momento, quiero saldar las deudas de toda América. Una vez conseguido esto, ya veremos. Aunque también podría ser que aceptase la situación y en cierto modo me… integrase en ese grupo de privilegiados de la vida.

—No lo creo —jadeó Gordon—… ¡Claro que usted no haría eso!

—¿Por qué no, amigo Gordon? A fin de cuentas, ellos son un Poder ya establecido. Secreto, pero establecido. Ese grupo, al que podemos seguir llamando los Amos, tiene mucho poder oculto. ¿Por qué no integrarme en él… y lentamente, cautelosamente, astutamente, sibilinamente, ir escalando puestos, alcanzar no tardando mucho un puesto de mando… y entonces encauzar adecuadamente las actividades del P. T.? Porque lo seguro es que si yo llegaba a alcanzar un puesto de mando con los Amos sus actividades comenzarían a… sufrir leves transformaciones. Por ejemplo, un día se darían cuenta de que, absurdamente, habían

financiado la construcción de un centro médico en África, o la construcción de un embalse en Etiopía, o la subvención de la Cruz Roja durante cinco años en otro país africano o asiático… ¿Me comprende usted, amigo Gordon?

—Usted… usted… usted —Masterson se había puesto en pie y la apuntaba con un dedo tembloroso—… ¡usted es una embustera, los está engañando, les está tomando el pelo, dentro de poco tiempo será usted quien mande en el P. T., será usted la Ama de los Amos, será…!

—Sssst —se llevó un dedo la espía a los labios—… ¡Que le pueden oír, amigo Gordon!

—¡La madre que la parió! —Aulló el ex soldado—. ¡La madre que la parió!

Brigitte Montfort soltó una carcajada ante el furioso pasmo y la creciente admiración de Masterson. Miró a los cuatro personajes de The Forest, que no parecían entender muy bien la situación, o quizás era que no acababa de convencerles la solución ideada por la espía más astuta del mundo.

—Pero… ¿usted sabe dónde tienen escondido el P. T.? —preguntó de pronto Samuel.

—El señor Tremeine me lo dijo, en ese pequeño aparte que tuvimos él y yo —asintió la divina—. Convinimos que en breve iría al lugar para darme el gusto de contemplar una fortuna doble que la de los Estados Unidos de América.

—¿Y nosotros no podríamos verlo? —inquirió Daniel.

—No se me ocurre ningún inconveniente. Esto no es un juego de niños, no sería como descubrir el lugar donde un niño guarda una manzana que puede ser robada fácilmente. Para llegar a la Cámara, como ellos la llaman, y sobre todo para salir, habría que hacer las cosas muy bien.

—¿Dónde está esa Cámara?

—Muy cerca del Mississippi, al norte de la localidad de Rosedale… ¿Quieren que les haga un plano? Pero si no les importa esperar a mañana… Ha sido un día muy duro, son casi las doce de la noche…

—Nos gustaría saber cuanto antes dónde está, para saber cuál de nosotros se ha aproximado más en nuestras cábalas —dijo Josuah —: llevamos años y años haciéndolas.

—Sí, comprendo. De acuerdo, les haré el plano ahora mismo, si me proporcionan con qué.

—Un momento —pidió Samuel.

Se puso en pie y fue hacia el alargado mueble-librería, de uno de cuyos cajones sacó un bloc y un par de bolígrafos, que entregó a Brigitte. Ésta comenzó a trazar el plano mientras daba explicaciones, que todos escuchaban con gran atención. Samuel y Lucas se sentaron en el sofá, uno a cada lado de la espía.

—Vean, aquí está Rosedale, en la orilla izquierda del Mississippi. Más hacia el este pasa la Nacional 61, pero, entre ésta y el río hay otra carretera que va hacia el norte. El lugar es zona restringida, por una razón de peso: hay unas instalaciones militares de reducidas dimensiones que contienen un silo de proyectiles. Naturalmente, hay una vigilancia militar muy estricta, por lo que nadie puede aproximarse lo suficiente para curiosear. Sin embargo, aproximadamente a media milla al sur de esas instalaciones militares hay una quinta de recreo, realmente encantadora, que da un cierto señorío a la zona. Esa quinta, desde hace más de sesenta años, ha sido siempre propiedad no de la misma familia, pero sí de alguien perteneciente al grupo de los Amos. Y les diré por qué ese empeño en mantener la propiedad: desde los sótanos de la quinta se accede a unas inmensas grutas donde en determinado momento fue depositado el P. T. inicial y donde a lo largo de todos estos años se han ido acumulando todas las riquezas de los Amos, poco a poco, con una paciencia y una continuidad admirables. Si alguien visita la quinta o los alrededores quedará encantado, y, ciertamente, ni se le ocurrirá que bajo sus pies existe una fortuna de semejante importancia. Pero, supongamos que alguien llegara a saberlo y pretendiera entrar en la Cámara: inmediatamente, sonaría la alarma, y, tan sólo diez segundos más tarde desde las instalaciones militares acudirían soldados que ocuparían la zona y harían imposible la fuga de nadie que estuviera en la quinta y/o en la Cámara. Los soldados creerían estar protegiendo una parte secreta de las instalaciones militares, o efectuando maniobras de vigilancia y protección, o cualquier otra cosa ordenada por algún «chiflado de Washington», pero la realidad, naturalmente ustedes ya lo han comprendido, sería que uno de los altos mandos militares de Washington integrado en el P. T. habría recibido la alarma

inmediatamente de producirse ésta, y, acto seguido, utilizando conductos militares normales, habría enviado a las instalaciones militares de Rosedale la orden de efectuar una… «maniobra de protección y vigilancia de la zona». Es decir, que el P. T. estaría utilizando fuerzas militares en su provecho y sin que los propios soldados y ni siquiera sus mandos inmediatos supieran la verdad… Sí, lo tienen todo muy bien organizado desde hace mucho tiempo, francamente.

—O sea: ese lugar es inexpugnable —dijo Masterson.

—Bueno, yo no diría tanto, pero la verdad es que para atacar la Cámara hay que haberlo preparado todo muy bien… o estar loco.

—O conocer los sistemas de alarma —murmuró Josuah.

—Sí, claro, Pero aun así, habría que pensárselo mucho antes de embarcarse en una aventura así, de modo que si ustedes tenían pensado algo en ese sentido, será mejor que lo olviden. ¿Habían preparado algo concreto?

—¿Algo concreto? —Gruñó Daniel—. ¡Hace años que estamos manteniendo un verdadero ejército de hombres para utilizarlos cuando llegara el momento! ¡Y el momento ha llegado!

—¿Cómo que ha llegado? —Se pasmó Masterson—. Pero si ella acaba de decirles que les ha conseguido mil millones de dólares…

—¡Mil millones de dólares! —Aulló Daniel, poniéndose furiosamente en pie—. ¡Estamos hablando del tesoro más fabuloso del mundo y viene esta maldita perra a echarnos un asqueroso hueso de mil millones de dólares…! ¡Nosotros no queremos mil millones de dólares, lo queremos TODO!

—Pero ella les está explicando…

—¡Cállate, absolutamente imbécil! —vociferó Lucas, fuera de sí.

—No tienen por qué tomarla con Gordon —dijo suavemente la espía—… A fin de cuentas, él no es tan listo como ustedes, y les ha estado sirviendo fielmente, cometiendo asesinatos que consideraba como disculpables teniendo en cuenta la finalidad de todo el asunto, es decir, hacer obras… benéficas. A él lo engañaron, pero a mí, caballeros, en ningún momento lo han con seguido.

—¿Qué quiere decir? —jadeó Masterson.

—El objetivo de ellos en todo momento ha sido conseguir el P. T., pero no por codicia económica puramente, sino por codicia de PODER. Ellos han estado viviendo siempre bien, pero nunca han

tenido poder. Ellos han tenido casas, coches, embarcaciones, dinero, mujeres, lujos…, pero siempre en un nivel menor, en una medida de… sicario, no de Amo. Durante muchos años, ellos cuatro, como muchas otras personas, han estado sirviendo a esos amos del P. T., y, como algunos pocos, se han enterado de la existencia del P. T., pero han permanecido en silencio porque sabían que si los Amos sabían que ellos sabían la existencia del P. T., serían asesinados. De modo que han estado sirviéndolos, cobrando sueldos excelentes, consiguiendo privilegios que personas como ellos jamás tendrán…, pero en el fondo, ellos cuatro, siempre insatisfechos, siempre sintiéndose humillados por ser sicarios y no Amos. Así que durante veinticinco años, han estado ahorrando como hormiguitas, planeándolo todo, contratando y manteniendo un pequeño ejército a la espera del Gran Día en que se apoderarían del P. T. y entonces tendrían PODER, dejarían de ser sicarios y pasarían a ser Amos… Y ese día ha llegado. ¿No es cierto, Samuel, Lucas, Daniel, Josuah?

Gordon Masterson iba mirando de uno a otro sin conseguir reaccionar, tan fascinado por la explicación de Baby como por las expresiones como alucinadas que iban apareciendo en los rostros de sus cuatro jefes.

Por fin, sonó la voz de Josuah; como chirriante:

—En efecto, ha llegado el Gran Día del Poder. Tenemos esperando nuestro pequeño ejército, con el cual tomaremos la Cámara… Y dentro de poco seremos el PODER total de los Estados Unidos. Ese será en realidad el Gran Día, cuando podamos dominar a todos los norteamericanos y luego al mundo… ¡Ya hemos sido sicarios del Poder demasiado tiempo!

—Les comprendo perfectamente —dijo con suavidad Baby—… ¿Y qué piensan hacer concretamente cuando sean Amos del PODER? Porque a lo mejor, según cuáles sean sus pretensiones, decido ayudarles, unirme a ustedes…

—Ya nos ha ayudado suficiente al decirnos dónde está el P. T. —dijo Daniel—. Por lo demás, deje que sin su ayuda nos dediquemos a masacrar al mundo como se merece.

—¿Masacrar al mundo? —Saltó Masterson—. ¿Por qué?

—Porque no hay otro modo más satisfactorio y gratificante de ostentar el PODER que DESTRUYENDO —dijo Samuel, mirándole con ojos relucientes—… ¡Y vamos a empezar por ti, perro estúpido!

En la mano derecha de Samuel apareció la pistola que había cogido poco antes del cajón de la librería, y por un instante Masterson vio la boca de fuego como un perverso ojo negro mirándole aviesamente… Al instante siguiente, y antes de que él hubiera tenido tiempo de desenfundar su arma, Samuel apretó el gatillo rápidamente por cuatro veces. A cada disparo, Gordon Masterson saltaba y gritaba violentamente, como llevando a cabo un baile absurdo y frenético, mientras salpicaduras de sangre saltaban a su alrededor…

Finalmente, quedó tendido en el suelo, cara al techo, distorsionado el rostro por una extraña mueca que parecía múltiple, de rabia, de dolor, de angustia…

La pistola quedó acto seguido apuntando a Lili Connors, que no se había movido.

—Y ahora, usted —jadeó Samuel. Plop, chascó el disparo.

La bala alcanzó a Samuel en la sien derecha, pareció arrancarle media cabeza, y lo derribó girando violentamente, dejando en el aire un horrendo manchurrón de sangre y masa encefálica.

Daniel, Lucas y Josuah ni siquiera llegaron a comprender del todo lo que había sucedido, lo que estaba sucediendo.

Contemplaban atónitos al hombre vestido de negro que había aparecido en la puerta, pistola en mano.

Un hombre de cabellos color cobre, con algunas canas en las sienes. Sus negros ojos parecían expresar mil muertes cuando apuntó su arma hacia los tres, pero ni siquiera tuvo que disparar de nuevo, pues tras él aparecieron media docena de hombres más jóvenes, más nerviosos, más alterados, que se quedaron apuntándolos con sus armas, y, luego, miraron a la espía, que murmuró:

—Están en estado de gracia, así que mátenlos.

Este es el final

—Y tus Simones, claro está, los mataron —exclamó Minello.

—Claro está. Número Uno mató a Samuel, y los Simones ejecutaron a los otros tres. Esta gente sí que estaba un poco loca, Frankie.

Frank Minello asintió, y estuvo pensativo unos segundos. Cerca de él, Brigitte, sentada en el sofá, le contemplaba irónicamente, abrazada a la cintura de Número Uno, sentado junto a ella.

—Pero… ¿cómo pudo aparecer Uno tan oportunamente? —preguntó de repente Minello.

—¡A veces pareces tonto de verdad, Frankie! —Se enfadó Brigitte—. ¿No has comprendido que mientras yo conversaba con los cuatro y los distraía, Uno y los Simones tomaron el lugar eliminando la vigilancia y anulando el sistema electrónico? Aquellos cuatro chiflados estuvieron años manteniendo un ejército, pero no lo tenían allí, sino diseminado por todo el país esperando el… Gran Día… que nunca llegará. Esos «soldados» han sido licenciados, eso es todo. En cuanto a los vigilantes de la casa, vaya, no me digas que te sorprende que una docena de mis Simones bajo el mando de Número Uno los dominasen como si fuesen niños malos.

—Ya, claro… ¿Y todo eso de saldar la deuda de todos los países americanos?

—Eso es verdad. Lo haremos. Yo soy americana, y quiero que América sea de verdad libre. Luego, ya veremos.

—O sea, que realmente piensas introducirte en el P. T. para ir poco a poco haciendo tus cosas de siempre… ¿Y no sería mejor liquidar a esa gente y quedarse el P. T., y…? No, ¿verdad?

—Claro que no. En ocasiones, Frankie, la fuerza no sirve de nada, hay que ceder un paso para luego avanzar uno y medio… Además, pretender quitarles a los Amos su P. T. sería organizar una

auténtica revolución nacional, pues ellos provocarían eso y más si era necesario con tal de conservar su P. T.

—Ya, ya, si ya he comprendido, ya… Los dejaremos que se confíen, y entonces, ¡zas!, la víbora les morderá.

—¿Me estás llamando víbora, Frankie?

—¡Zambomba, claro que no! Tú no eres una víbora, eres… eres… ¡eres un tesoro! ¡Tú sí que eres un tesoro! ¿Verdad, Uno?

—Verdad —dijo Número Uno—… Un tesoro particular. Tanto en la amistad como en el amor, Brigitte es un tesoro.

—Oiga, usted habla poco, pero cuando habla, habla, ¿eh?

FIN